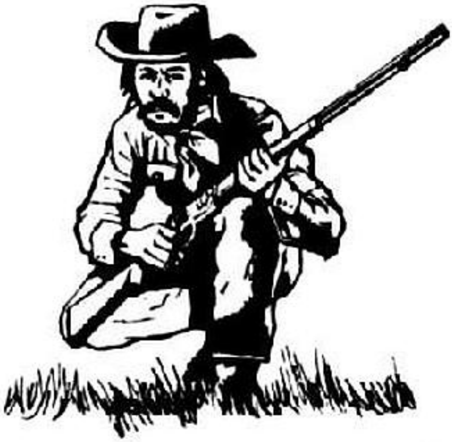
BOLSILIBROS BRUGUERA

Héroes de la PRADERA

los dedos del diablo

Silver Kane





HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

LOS DEDOS DEL DIABLO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 439
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 10024-1978

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: mayo, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El *sheriff* de Dallas terminó de clavar el pasquín en el tablón de anuncios exterior de su oficina, se apartó un paso y contempló el efecto que producía.

Hizo:

—Hum…

Realmente era un pasquín que valía la pena.

En Dallas no se había ofrecido nunca una recompensa igual, o al menos el *sheriff* no lo recordaba.

El pasquín decía concretamente esto:

20 000
dólares de recompensa por capturar a
JEFF SANDERS
VIVO O MUERTO
JEFF SANDERS,
fugitivo del penal de Yuma,
está reclamado por doce asesinatos.
El gobierno de Texas
anticipa 1000 dólares a todo
aquel que salga en su busca.

El *sheriff* encajó bien su revólver.

Se había formado un nutrido grupo a su espalda, pues toda la población masculina de Dallas parecía tener interés en leer el pasquín.

Los comentarios subían de tono por momentos.

—Es increíble. Veinte mil pavos…

—Y mil de anticipo al que emprenda la aventura.

—Eso es ganarse el dinero con facilidad.

El *sheriff* se volvió hacia los curiosos, mientras levantaba una mano.

—No tan fácil, amigos.

—Ahí dice bien claro lo de los mil dólares.

—Sí, pero no creáis que vamos a dárselos por las buenas a cualquiera que diga: «Voy a perseguir a Jeff Sanders». En ese plan todos los hombres de Dallas los pedirían… para volver a la semana siguiente diciendo que habían fracasado. No. El gobernador del estado me ha dado unas normas.

—¿Qué normas?

—Sencillamente, dispongo de cuatro mil dólares. Sólo puedo «contratar» a cuatro personas.

—¿Y por qué medios?

—Haré una especie de concurso entre ellas. Como cuando se celebran las fiestas de la ciudad. Tendrán que demostrarme que son los más expertos en tiro y en combate. Que son capaces de matar a un hombre como Jeff Sanders.

Hubo un rumor entre los que habían escuchado aquello.

Algunos protestaron.

—Pero eso es injusto. Cualquier forastero puede ganar a base de tener un poco de suerte.

—También podéis tenerla vosotros. Que se presente el que quiera. A mí sólo me interesa contar con cuatro expertos en el arte de matar. Con cuatro asesinos que se comprometan a respetar la ley.

Varias voces dieron la razón al *sheriff*.

—Desde luego, así debe ser. No hay otra manera de cazar a Jeff Sanders.

—Los que le persigan tienen que ser tan duros y tan crueles como él.

—Se hará lo que dice el *sheriff*.

Éste gruñó:

—Iniciaremos el concurso enseguida. Todo aquel que quiera inscribirse, puede hacerlo en mi oficina. Mi ayudante ya está preparado. No hay más que presentarse ante él y darle el nombre.

Bastantes individuos —entre las docenas de aventureros que siempre pululaban por Dallas—, no esperaban más que a oír aquellas palabras. Una verdadera turba de ellos entró en la oficina del representante de la ley.

Éste continuó en la puerta.

Alguien más le preguntó:

—¿Esto sólo se organiza en Dallas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque hemos tenido noticias bastante exactas de que Jeff Sanders se encuentra en nuestro condado.

—Yuma está muy lejos.

—Pero se fugó hace dos meses de allí. Desde entonces ha podido recorrer mucho camino.

Los murmullos arreciaron.

Alguien más preguntó:

—¿Y retratos? ¿Cómo es que en ese pasquín no hay ni un mal retrato suyo?

—¿No lo tenemos?

—Pues así, ¿cómo se le reconocerá?

—Existen descripciones de Jeff Sanders que son muy exactas.

—¿Y qué ocurrió en Yuma? ¿No tenían en el penal algún retrato suyo? Todos los que cumplen condena allí han de estar fichados.

—Lo estaba —explicó el *sheriff*—. Claro que estaba fichado ese perro… Pero me contaron lo que ocurrió. A causa de su buena conducta, estaba trabajando últimamente en las oficinas del penal. Confiaron demasiado en Jeff…, Y él aprovechó esa confianza para bucear en los archivos y destruir su propia fotografía. Así resultaría mucho más difícil perseguirle. También me han dicho que en la fuga mató a dos guardianes y a la esposa de uno de ellos.

Los murmullos arreciaron.

La gente, en Dallas, era violenta y partidaria de una justicia rápida.

Se notaba que había docenas de personas que hubieran ansiado tener en sus manos a Jeff Sanders.

El *sheriff* dio por terminadas las explicaciones.

Entró en su oficina.

El ayudante había terminado de componer una buena lista. Nada

menos que veinte hombres estaban inscritos para tratar de ganarse los mil machacantes como anticipo.

El *sheriff* los miró.

Estaban reunidos en el pequeño patio contiguo a la oficina.

A muchos los conocía. Eran vulgares aventureros de los que se apuntaban a todo. Muchos de ellos no hubieran hecho blanco a diez pasos en un bisonte, y otros apenas podían tenerse en pie porque estaban borrachos.

Pero también había varios desconocidos.

Hombres de los que llegaban todos los días a Dallas, sin saber adónde, iban ni de dónde venían. Cada uno de ellos ocultaba un enigma. Podían ser asesinos, o predicadores. Podían ser capaces de matar a su padre o de servir honradamente a la ley.

El *sheriff* salió al patio.

Hizo una seña, y todos aquellos tipos le siguieron.

El representante de la ley los llevó a un descampado que estaba cerca de la ciudad. Allí ya estaba todo preparado. Todo consistía en veintitantas botellas situadas sobre otras tantas estacas, y remetidas por él cuello en ellas.

El *sheriff* indicó:

—El que no rompa su botella a treinta pasos y al primer disparo, puede irse al diablo.

Los aspirantes cuchichearon. Pero todos estuvieron conformes, porque era una prueba lógica.

Se situaron ante las botellas, a las distancias requeridas.

El *sheriff* gritó:

—¡Fuego!

Sonaron veinte detonaciones, más o menos espaciadas.

Pero diez botellas quedaron hechas polvo.

El de la estrella miró a los que no habían acertado.

—¡Vosotros! ¡Ya podéis iros a que vuestra mamá os de el biberón! ¡Hala! ¡Fuera!

De los fallones unos cuantos gruñeron que había sido cuestión de suerte. Otros se encogieron de hombros, conformados. Y hubo un par de ellos que cayeron de bruces a tierra porque la borrachera ya no les dejaba tenerse materialmente en pie.

El *sheriff* miró a los diez que habían superado la prueba.

De ellos, cinco eran forasteros. No los había, visto nunca.

El representante de la ley tomó entonces un puñado de pequeñas monedas de a dólar.

—Colocaos a mi lado por turno —indicó.

Los concursantes obedecieron.

Ya se habían dado cuenta de qué se trataba.

El primero de ellos, con el revólver preparado, esperó a que el *sheriff* lanzase al aire la moneda inicial.

Ésta fue lanzada.

Sonó un disparo.

Y la moneda cayó intacta a tierra.

El *sheriff* gruñó:

—Al cuerno, muchacho.

Pasó el segundo concursante.

Éste acercó a la moneda de lleno, haciendo un agujero en su centro.

Fueron probando los demás.

Y quedó demostrado que eran buenos de veras. De los diez, seis acertaron a la moneda, pese a ser un blanco tan difícil. Tres de ellos eran forasteros hasta entonces nunca vistos en Dallas.

El *sheriff* masculló:

—Aún sobran dos.

—¿A qué prueba va a someternos?

—Ésta no va a ser de tiro, sino de otra clase. Pero igualmente necesaria.

Y señaló una colina polvorienta que se hallaba a corta distancia. Fueron hacia allí, seguidos por una verdadera multitud de curiosos.

Había en la colina varios senderos.

—En uno de ellos existe un rastro —dijo el *sheriff*—. Tenéis que encontrarlo y darme por separado toda clase de datos sobre él.

Los concursantes se distribuyeron.

Unos minutos más tarde, cinco de ellos volvían. El último no había sabido ni encontrar el rastro. Quedó eliminado.

Los otros informaron por separado al *sheriff*. El primero dijo:

—Se trata del rastro de un caballo no muy joven, que cojea un poco del remo derecho. Iba cargado con dos personas.

El de la estrella hizo un gesto de admiración.

Porque, efectivamente, los datos resultaban exactos. Y sólo un experto rastreador podía haberlos notado a la primera ojeada.

De los otros cuatro hombres, uno dio datos inexactos. Y los tres que quedaban coincidieron con el primero.

Ya estaba él grupo elegido.

No hacían falta más pruebas.

Cuatro tipos, cuatro buitres tan hábiles con el gatillo como siguiendo un rastro.

Tres eran forasteros desconocidos. El otro, el único vecino de Dallas, se llamaba Stafford.

El *sheriff* musitó:

—Bueno, les felicito. Y creo que ahora debo desearles suerte…

Pero apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando alguien gritó:

—¡Eh, oiga…!

Todos se volvieron en aquella dirección.

Y vieron al tipejo más insignificante que aquel año había puesto los pies en Texas. Apenas llegaría a la cintura de un hombre normal, y era delgado como una caña. Llevaba una levita ridícula, demasiado grande, unos pantalones grises y un sombrero de copa.

Murmuró:

—*Sheriff*, acaba de cometerse una gran injusticia.

—¿Qué injusticia?

—He leído el pasquín y me han explicado lo que ocurre. Y, por lo que veo, ya tiene seleccionados a los cuatro asesinos.

—Exacto.

—No puede hacerlo sin probarme a mí. Sería una injusticia. Acabo de llegar a la ciudad.

El *sheriff* le miró de arriba abajo, con los brazos en jarras.

—No sé si darle un dólar o un caramelo. ¿Quién es usted?

—Me llamo Simmons.

—¿Oficio?

—Asesino profesional.

Al *sheriff*, que sonreía, se le heló la sonrisa de repente.

Había algo en la voz de aquel tipo que hacía daño en los nervios. Uno se daba cuenta instintivamente de que con él no se podía bromear.

Pero aun así el *sheriff* gruñó:

—¿Asesino?

—¿No me cree?

—Claro que no. ¡Si no lleva ni revólver!

—¿Y para qué lo necesito?

—Hombre, no me dirá que mata a sus enemigos de un salivazo…

—A lo mejor los mata, de un susto —rió alguien—. Pruébeme —murmuró Simmons.

—No sé de qué manera, si no tiene revólver. A ver, acierte en aquel árbol.

Señalaba uno a unas yardas de distancia.

—¿En qué hoja? —preguntó Simmons.

—¿Queeeeé…?

—Pregunto qué hoja quiere ver arrancada.

—Pero si no lleva armas… Bueno, bueno, aquella que tiene un color rojizo. Se destaca claramente de las otras.

Simmons desabrochó entonces su levita. Y vieron que bajo ella llevaba colgado un verdadero arsenal… de cuchillos, punzones y otras armas que parecían destornilladores. Lo menos había veinte. Simmons eligió un cuchillo para lanzar, de pesado mango y largo filo. Lo lanzó sin preparación y un «oooooh» estentóreo escapó de varias docenas de gargantas.

La hoja señalada había caído a tierra. El cuchillo acababa de segarla por él mismo tallo.

El *sheriff* quedó petrificado.

Miró de nuevo al tipejo, pero ahora de otra manera.

—Oiga… —murmuró.

—Espere.

Y Simmons eligió ahora una especie de punzón.

—Hay un moscardón que me fastidia —dijo.

En efecto, merodeaba a unas diez yardas.

Simmons lanzó su extraña arma.

El moscardón desapareció. El punzón lo había partido por en medio.

La gente estaba boquiabierta.

Todo el mundo se preguntaba quién diablos podía sentirse seguro en presencia de aquél hombre.

El *sheriff* preguntó:

—¿Usted… mata a precio fijo?

—Bueno —dijo Simmons con gesto compungido—, a veces no

puedo admitir precio fijo, y tengo que hacer rebajas. Los tiempos están malos… La gente que quiere matar a alguien emplea el sistema de «sírvase usted mismo». Son pocos los que alquilan a un profesional como yo… Pero, en fin, me gano honradamente el pan. Puede decirse que he matado a unos veinte hombres, y eso que hace sólo unos dos años que monté este negocio. —Alzó la voz—: Ya lo saben; si alguno de ustedes desea un servicio rápido no tiene más que llamar a Simmons…

El *sheriff* no salía de su asombro.

—Oiga… ¿Y la ley? ¿A usted no le han condenado nunca a muerte?

—Sí, tres veces. La última me iban a ahorcar en Yuma. Pero siempre conseguí escaparme. Compréndalo. Paso por cualquier tubería…

—¿En Yuma? Entonces conocería a Jeff Sanders…

—No llegué a verlo. Entonces no había entrado aún. El *sheriff* se apretó con los dos puños la cabeza.

—Bueno, ¿y ahora qué hago? Ya hay cuatro elegidos… Stafford, el vecino de Dallas, adelantó un paso.

—No creo que ninguno de nosotros pueda competir con un tipo así —dijo—. De modo que yo empiezo por retirarme…

—Pienso que haces bien, Stafford —murmuró el *sheriff*—. Tú eres un ranchero, y ésta es una aventura propia para desesperados sin un palmo de tierra. Míralos.

En efecto, los cuatro asesinos eran dignos de ver.

Uno, el de más edad, tendría unos cuarenta años, roa vestido como un tahúr, y no le faltaba ni el chaleco floreado. Por el bolsillo superior de su camisa asomaba un mazo de cartas.

—Me llamo Donald —dijo.

El segundo era un hombre alto, rubio, fuerte como un toro. Sus labios se distendían siempre en una sonrisa cínica. Llevaba la funda muy baja y sujeta al muslo por una correílla. Todo su aspecto era el de un auténtico
gun-man
profesional.

Murmuró:

—Mi nombre es Chest.

El tercero era moreno y también fuerte como un lampeón.

Llevaba el revólver algo descuidadamente. Pero bastaba ver los ojos grises de aquel tipo para saber que nunca se descuidaba.

—Me llamo Milton —informó.

En cuanto a Simmons, todo el mundo lo conocía, ya, de modo que no dijo una palabra.

Chest masculló:

—Nunca he visto a Jeff Sanders. ¿Cómo lo reconoceré?

—Ése es un tipo al que se conoce por sus obras. Siempre deja un rastro de sangre… Pero de todos modos le diré que es alto como usted, moreno y con un pequeño bigote. Emplea el revólver tan frecuentemente como el cuchillo. Y no le importa matar a una mujer.

El rubio Chest rió.

—Bueno, ya sé algo…

Los otros no hicieron ninguna pregunta. Por lo visto confiaban en sus dotes de rastreadores para dar con el forajido.

El *sheriff* murmuró:

—Les entregaré los mil dólares en mi oficina. Luego podrán salir. El único requisito es que traigan aquí a Jeff Sanders vivo o muerto. Los procedimientos no importan.

Miró detenidamente a los cuatro hombres y añadió:

—No recuerdo haber visto nunca en Dallas, todos juntos, a cuatro asesinos de esa clase.

Y tenía razón.

No sospechaba hasta qué punto la tenía…

CAPÍTULO II

Aquella noche los cuatro hombres se habían reunido en el reservado más discreto de uno de los saloons de Dallas, para cambiar impresiones antes de salir de la ciudad.

En realidad, ya habían cobrado los mil dólares por barba y podían ir cada uno por su camino, pero ya que habían sido elegidos juntos preferían tener juntos una conversación antes de separarse, quizá para siempre.

La luz reconcentrada de una lámpara colgada sobre sus cabezas alumbraba las facciones de Chest, Simmons, Donald y Milton. Todos iban descubiertos a excepción de Simmons, que al parecer no se quitaba su sombrero de copa ni para dormir. En la mesa había dos botellas de licor, ya mediadas.

Donald, el tahúr, había sacado su mazo de cartas.

Las puso sobre la mesa y partió, como si fuera a jugar. Luego eligió tres naipes. Los tres eran ases.

—Es la tercera vez que me sale la misma combinación —dijo—. Y por eso he preferido que habláramos aquí.

—¿Para qué?

Era Chest el que acababa de preguntar.

—Los naipes hablan como las personas —susurró Donald—. Explican nuestro pasado y nuestro futuro. Yo creo en ellos. Por eso les he consultado antes de tomar una decisión, y los naipes me han dado la respuesta: Los ases siempre están juntos.

—¿Y eso qué significa?

—Nosotros somos ases. No debemos ir cada uno por nuestro lado. No tenemos que separarnos.

Simmons hizo un gesto de extrañeza.

—Pero eso significa…

—Sí, ya lo sé. Significa que tenemos que partir el dinero, pero también el riesgo. Jeff es muy peligroso. Por separado puede matarnos, aunque no seamos mancos. En cambio, yendo juntos no tiene escapatoria.

Y añadió:

—Claro que podéis hacer lo que queráis, pero eso es lo que me han aconsejado los naipes.

—¿Tú te ganas la vida con ellos?

—Bueno, a ratos…

Chest bizqueó, mientras lanzaba al aire una carcajada cínica.

—Tiene gracia… Es la primera vez que alguien me propone asociarse conmigo. En general no inspiro confianza, ¿sabéis? La gente me rehúye. Pero, aunque sólo sea por la novedad, estoy dispuesto a correr la aventura.

Donald miró a los otros dos.

Simmons y Milton se encogieron de hombros.

—No son lo mismo veinte mil machacantes que cinco mil —dijo Donald—. Pero, en fin, de momento creo que se puede aceptar el trato. Con una condición.

—¿Cuál?

—Que en cualquier momento podemos romper el trato. El que no quiera seguir con los demás, que se largue.

—Es una cosa razonable —murmuró Simmons.

—Entonces de acuerdo. Marcharemos juntos. Y cuando eso no nos guste, nos separaremos. Pero si matamos a Jeff Sanders yendo en grupo, nos repartiremos el dinero a partes iguales.

Los cuatro asintieron.

El trato estaba cerrado.

—Muy bien. Pero ir juntos, ¿a dónde? —preguntó Milton.

Donald volvió a manejar su mazo de cartas.

Cortó tres veces, eligió luego la primera del grupo central y la giró. Era un cuatro.

—Dime los puntos cardinales como en la escuela —pidió Simmons.

—Norte, sur, este y oeste.

—¡Muy bien! Iremos al cuarto punto. Hacia el oeste.

Chest masculló:

—Oye, ¿y si llega a salir un seis?

Donald sonrió.

—No podía ser —dijo—. Yo sabía que saldría un cuatro.

Los jinetes llevaban dos días juntos.

Formaban un extraño grupo, los dos jinetes gigantescos que eran Chest y Milton, el tahúr que era Donald y el microbio de Simmons, casi aplastado por su sombrero de copa. Pero no se habían separado un momento. Y así llegaron juntos a aquella ciudad llamada Rincón.

Era de noche.

Rincón debía ser una ciudad alegre. Brillaba bajo la luna como una luciérnaga.

Sin embargo, lo primero que encontraron los cuatro forasteros no tenía nada de alegre.

Era un cadáver.

Estaba de bruces en la calle, a la entrada de la ciudad, y se notaba que lo habían apuñalado por la espalda. Debía hacer pocos minutos de eso, porque aún no se había coagulado su sangre.

Donald masculló:

—Menuda bienvenida… Y lo peor es que mis cartas no decían nada de eso.

En aquel momento aparecieron otros personajes en la calle oscura. Eran tres individuos que venían paseando y que tropezaron materialmente con el cadáver, como habían tropezado ellos. De los tres individuos, dos iban muy bien vestidos, y el tercero ostentaba una placa de alguacil.

Se detuvieron ante el macabro espectáculo.

El alguacil se inclinó sobre él caído, dándole la vuelta.

Sus facciones se ensombrecieron.

—¡Mil diablos! ¡Es Jonan!

Luego miró a los cuatro desconocidos.

Debieron causarle una impresión muy extraña, porque llevó maquinalmente la derecha al revólver.

El pequeño Simmons le disuadió:

—¡Puede ahorrarse trabajo, alguacil! Ninguno de nosotros ha hecho nada contra ese hombre. Acabamos de llegar y le aseguro que estamos tan sorprendidos como usted mismo.

Donald preguntó:

—¿Quién es Jonan? ¿O, mejor dicho, quién era?

—Vigilaba el Banco en el turno de noche. La ciudad no es muy

grande, pero el Banco local resulta muy importante. Nos tememos un atraco y por eso lo vigilamos continuamente.

Chest murmuró:

—Bueno, amigo, la cosa no va con nosotros, a lo que veo. De manera que déjenos seguir. Necesitamos encontrar un hotel y sobre todo echar un trago.

El alguacil no se opuso.

Junto con los otros dos hombres, se dedicó a retirar el cadáver, mientras los cuatro jinetes seguían adelante.

Enfilaron la calle principal de Rincón.

Tenían razón al pensar que ésta era una ciudad divertida.

Había varios saloons, uno junto a otro. De todos partían risas, voces y rumores de bronca. Como los cuatro hombres estaban sedientos, no se molestaron en elegir. Descabalgaron ante el primero de ellos.

Había mucha gente, y la atmósfera estaba cargada de humo.

Los cuatro forasteros se acodaron en la barra y pidieron cerveza. Cada uno de ellos consumió dos jarras rápidamente, pues tenían la garganta seca. Lo malo fue que Simmons tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar la jarra que tenía en el mostrador.

Eso hizo muchísima gracia a un grupo de cinco individuos que estaban detrás de ellos, y que ocupaban enteramente una mesa.

Eran vaqueros que buscaban bronca. Se notaba que habían llegado a Rincón a divertirse después de una larga cabalgada. La pequeña estatura del desmedrado Simmons les dio una ocasión que ni soñada.

—Oíd, ¿habéis visto a ése?

—Mi hermanito, cuando nació, era más grande.

—El sombrero de copa abulta más que él.

Uno de los vaqueros se puso en pie.

—Creo que podríamos divertirnos, muchachos. Propongo que hagamos bañar a ese tipejo en una jarra de cerveza.

Hasta entonces ni Simmons ni sus compañeros se habían molestado en intervenir, como si no oyesen aquellos comentarios. Pero cuando el vaquero se puso en pie, Simmons reaccionó mirándolo fijamente.

—No se mueva, amigo.

El vaquero rió.

—¿Qué quieres decir, angelito?

—Que no des, un paso más.

—¿Y quién va a impedírmelo? ¿Tú?

—Me basto y sobro para eso.

—¡Pero si no llevas ni revólver!

—A los cerdos no se les mata con revólver —dijo tranquilamente Simmons—. De modo que no lo necesito.

El vaquero palideció.

No podía consentir que le insultaran en público de aquella manera, y menos un tipo tan insignificante como él que estaba en la barra.

Aquello solo podía resolverse a tiros.

De modo que acercó la derecha al revólver y gritó:

—¡Defiéndete, granuja!

Aparentemente aquello era un asesinato, porque Simmons no llevaba ningún arma visible.

Pero las cosas cambiaron un segundo después. El vaquero no llegó a tocar la culata. El largo y afilado punzón provisto de un pesado mango, salió disparado de la derecha del enano. Sólo los que estaban junto a él comprendieron que lo había llevado oculto en la manga. La delgadísima hoja de acero penetró hasta el fondo en el corazón del vaquero, quien dio una boqueada mientras resbalaba hacia atrás.

Todo había sido tan rápido que muchas personas ni se dieron cuenta de lo sucedido.

Cuando los más cercanos vieron que el vaquero había sido muerto por aquella extraña arma, sonó un grito de asombro y de horror.

Pero las cosas no habían hecho más que empezar.

Quedaban cuatro compañeros del muerto en torno a la mesa, y cuando el vaquero cayó pudo verse que los otros ya estaban preparados para vengarse. En efecto, tenían ya los revólveres en las manos.

La situación parecía desesperada no sólo para Simmons, sino para sus compañeros.

Porque era evidente que la ración de plomo iba a ser para todos.

Pero los que habían gritado de asombro una vez tuvieron ocasión de gritar otra. Porque la rapidez que demostraron los tres

forasteros nunca se había visto en Rincón: Con un solo y simple movimiento de sus muñecas, vencieron a cuatro hombres que ya les estaban apuntando.

Todo fue como una alucinación.

Los testigos apenas oyeron las detonaciones y vieron la espesa nube de pólvora.

Los disparos de Donald, Chest y Milton habían sido increíblemente certeros y rápidos. Los tres dispararon sin sacar el «Colt» de la funda, ya que no tenían tiempo para otra cosa. Uno de ellos tuvo por fuerza que matar a dos hombres ya que los cuatro vaqueros cayeron fulminados. Pero con la rapidez de los acontecimientos, resultó imposible saber quién era el campeón que había hecho los disparos.

Claro que el que los había hecho sí que lo sabía.

Se trataba de Milton.

Pero él joven no lo demostró con ningún gesto. Se limitó a mirar los cadáveres igual que los otros. Y encajó bien el revólver en la funda con un movimiento maquinal.

En el saloon se había hecho un siniestro silencio.

Diríase que la gente ni siquiera respiraba.

En todos los cerebros estaba la misma pregunta: «¿De dónde han salido estos cuatro buitres?». Sin duda el peligro había llegado a la pequeña ciudad. Algunos clientes abandonaron prudentemente el saloon.

Pero entre el espantoso silencio se oyó entonces una voz:

—Quisiera hablar con ustedes, amigos.

Los cuatro se volvieron.

El que les había dirigido la palabra era un tipo muy bien vestido que no llevaba armas visibles, y que estaba cerca de ellos en la barra, con un vaso en la mano.

Chest murmuró:

—A usted le hemos visto en alguna parte, compañero.

—Claro que sí. Hace unos minutos. Acababan ustedes de llegar a la ciudad cuando hemos descubierto casi juntos el cadáver de Jonan.

—Así que usted era uno de los que iban con el alguacil.

—Exacto.

—Perdone, pero con la oscuridad no nos hemos fijado.

—Yo, en cambio, sí que me he fijado en ustedes. Me han llamado la atención desde el primer momento. Y por eso tengo que preguntarles: ¿De dónde vienen? ¿De qué boca del infierno han salido?

Donald rió, mientras jugueteaba con sus cartas.

—No hemos salido de ninguna parte, amigo, ni vamos a ninguna parte. Somos cuatro pacíficos ciudadanos que no quieren jaleos. Y si ha de decirnos algo especial, más vale que desembuche. Tenemos prisa por irnos a dormir.

El elegante vació de un trago el contenido de su copa antes de hablar.

Luego dijo:

—Sí que tengo que decirles algo especial. No sé si llevarán mucha prisa, pero podría ofrecerles un buen trabajo durante cuatro o cinco noches.

Los ojos de Simmons brillaron:

—¿Trabajo? ¿A quién hay que matar?

—No se trata de matar a nadie, sino de vigilar mi Banco. Por cierto, no me he presentado. Soy el propietario del Banco Tejano. Temía un atraco porque he tenido confidencias en este sentido, y desgraciadamente mis temores se confirman. Ustedes han visto el cadáver de Jonan. Se trataba de un hombre de confianza al que sin duda los atracadores han matado como medida preparatoria. Saben que me será difícil sustituirle.

—¿Y trata de contratarnos a nosotros?

—Sólo por cuatro o cinco noches, ya se lo he dicho. Por lo que veo, son ustedes mucho más peligrosos que Jonan. Pueden montar guardia uno cada noche, de modo que el trabajo no es pesado. Y si esta semana no ha ocurrido nada, podrán irse tranquilamente. Los atracadores no correrán el riesgo de estar tanto tiempo por las cercanías.

Milton meneó la cabeza.

—Lo siento, caballero, pero todos nosotros tenemos un trabajo urgente. No pensábamos quedarnos en Rincón más de una noche. Por tanto, no podemos aceptar su trabajo.

Creía haber expresado el sentir de todos, pero Chest dijo:

—Poco a poco. Bien podemos permitirnos el lujo de estar unos días aquí si el precio nos conviene. ¿Qué ofrece, banquero?

—Es mucho lo que tengo que proteger. Por tanto, les daré doscientos dólares por noche.

Los cuatro se miraron.

Era una bonita suma, y aunque corrían un riesgo, estaban seguros de que a ellos no les sucedería nada.

Chest murmuró:

—Está bien. Doscientos y gastos pagados. Quiero decir el hotel y todo eso.

—Desde luego. Gastos pagados.

—Entonces aceptamos.

—Lo celebro. Creo que todos hemos hecho un buen negocio, amigos.

Milton dio un leve codazo a Chest.

—No debiste aceptar —dijo en voz baja—. Tú sabes que tenemos otro compromiso. En todo caso podías habernos preguntado.

—No seas tonto. El trato nos conviene.

—Sí, pero…

—Bueno, quizá me he precipitado, pero ya está hecho. Y, de todos modos, vamos a sacar un buen beneficio.

El banquero se había acercado a ellos.

—Naturalmente, puesto que Jonan ha muerto, la vigilancia deberá empezar esta misma noche. ¿Quién de ustedes quiere ser el primero?

El pequeñajo Simmons se encogió de hombros.

—No tengo demasiado sueño. Puedo ser yo mismo —dijo.

—Y mañana yo —indicó Chest—. Pero tendrá que enseñarnos los puntos flojos del Banco, compadre. Nadie puede vigilar aquello sin saber de dónde le van a venir los golpes.

—Naturalmente que se lo enseñaré. Vengan conmigo.

Hizo una seña al dueño del saloon, como queriendo indicar que los gastos de los cuatro hombres corrían de su cuenta, y les precedió hasta el centro de la ciudad.

El edificio del Banco parecía ser el más sólido de ésta.

Estaba construido con ladrillo y piedra, al contrario de las otras edificaciones, que generalmente eran de madera. La única puerta, muy sólida, parecía ser de acero. Todas las ventanas estaban enrejadas.

Chest murmuró:

—No sé de qué tiene miedo. Resulta imposible entrar ahí sin emplear cartuchos en gran cantidad. Y entonces se alarmaría la ciudad entera.

—Ya lo sé —explicó el banquero—, pero se han hecho atracos más difíciles. Hay tipos que son verdaderos artistas manejando los explosivos. No puedo fiar si no tengo ningún buen vigilante por las noches. Entonces sí que es difícil que nos atrapen desprevenidos.

Extrajo una llave y la metió en la cerradura de la puerta de acero. Tuvo que hacer con ella una serie de movimientos extraños. Sin duda la cerradura era de combinación, la cual se controlaba con la llave. Sin saber esa combinación, resultaba imposible abrir aquello.

Al fin la puerta de acero cedió.

Pasaron al interior del Banco, que no era demasiado grande.

El dueño encendió unas lámparas y pudieron verlo todo con claridad. Prácticamente aquello era una fortaleza. El corazón de ésta se encontraba en la caja fuerte, que estaba apoyada en la pared del fondo del local, precisamente la más sólida.

El banquero explicó:

—Ya ven que todo esto es seguro. Ninguno de ustedes tendrá que entrar aquí. Lo único que deseo es una vigilancia exterior hasta el amanecer. Todo tipo sospechoso que se acerque al Banco debe ser abatido. Y si se trata de una cuadrilla, con mucha mayor razón. Al menos es indispensable que toda la ciudad se ponga en estado de alarma.

Les indicó la salida y todos volvieron a ganar la calle, hecho lo cual el banquero cerró otra vez, empleando una combinación distinta.

Simmons se dispuso a consumir la primera guardia.

Con una risita de conejo, advirtió:

—Iré a dormir sobre las siete. Procurad que tenga una botella de *whisky* en la cama.

Los demás rieron, mientras se alejaban.

Se daban cuenta de que formaban un grupo peligroso. De que los cuatro juntos tendrían trabajos bien, pagados, en todo el Oeste.

Pero no era eso lo que más les importaba, especialmente a Milton. Lo único que Milton quería era encontrar cuanto antes a Jeff Sanders.

Aquella noche no ocurrió nada. Todo permaneció tan tranquilo como si Rincón fuera la ciudad más pacífica del mundo.

A las siete de la mañana, cuando la ciudad empezaba a animarse, Simmons se retiró a descansar.

A esa hora ya resultaba imposible un atraco. Había demasiada gente en la calle para que los ladrones pudieran maniobrar.

El Banco abría a las ocho, y a esa hora empezaban a protegerlo una serie de guardias diurnos que se pasaban el día en el interior del local, armados con rifles. También resultaba imposible que un grupo de atracadores se atreviese con ellos. Los guardianes estaban en posición más que ventajosa para rechazarlos.

Así transcurrió un día más.

Los cuatro pistoleros no se exhibieron por Rincón. No querían tener otro encuentro desagradable, como cuando llegaron a la ciudad.

A la noche siguiente entraba de guardia Chest.

Éste se despidió de sus compañeros con un gesto de aburrimiento.

—Voy a morirme de asco —murmuró—. No sé de dónde ha sacado ese tipo la idea de que quieren atracar su Banco. ¡Si aquí no ocurre nada…!

Se dirigió a su puesto de vigilancia y empezó a dar vueltas al edificio, escrutando a todos lados y siempre con la mano puesta en la culata del revólver.

Hasta medianoche hubo bastante animación y bastante gente por las calles de Rincón. Luego todo empezó a quedar silencioso y abandonado. Hacia las dos de la madrugada, aquello parecía una tumba. Chest se puso a bostezar, muerto de aburrimiento.

Pero los acontecimientos estaban a punto de precipitarse.

Cinco hombres acababan de llegar a la ciudad.

Los cinco descabalgaban en la zona sur, donde no había más que unas casuchas semiderruidas y habitadas por negros, que a buen seguro no dirían nada de lo que viesen. Luego avanzaron a pie, por distintas rutas, hasta el edificio del Banco.

Cuatro quedaron a la expectativa.

El quinto avanzó.

Era un tipo alto, delgado, sinuoso, que ostentaba una pequeña barba rubia.

Se movía tan silenciosamente como un gato.

Había sacado el revólver, pero lo llevaba sujeto por el cañón, como si sólo quisiera emplear la culata para no hacer ruido.

En aquel momento Chest estaba en la esquina del edificio. Encendía un cigarro con movimientos calmosos.

No oyó al de la barba rubia hasta que lo tuvo encima. Se volvió de repente.

Pero ya no tuvo tiempo de nada. La culata se abatió sobre su cabeza con la velocidad de una flecha.

Chest lanzó una salvaje maldición.

Pero eso le servía de bien poca cosa. La culata volvió a abatirse sobre su cabeza. El pistolero cayó, mientras inútilmente trataba de sacar el revólver.

Los golpes habían sido contundentes y secos, propinados por un experto.

El de la barba rubia lanzó un sonido que podía haberse confundido con el canto de un mochuelo.

Los cuatro hombres que estaban en reserva acudieron al instante.

Pero no venían solos. Traían un carromato al cual habían enganchado cuatro de sus cinco caballos. Los hicieron retroceder con precaución, hasta situarlos a unas veinte yardas de la parte trasera del Banco.

No se veía nadie por allí.

El de la barba rubia dirigía la maniobra.

Seguros de su impunidad, los cinco hombres se pusieron entonces a trabajar febrilmente. Iban provistos de unos torniquetes con los cuales hicieron unas aberturas en la pared de ladrillo del Banco. Emplearon en esa tarea más de media hora, durante la cual el de la barba, rubia tuvo buen cuidado de atar y amordazar a Chest. Todo seguía en calma. Los asaltantes no habían hecho el menor ruido, de modo que podían estar tranquilos.

Cuando los agujeros —cuidadosamente estudiados—, estuvieron hechos, los asaltantes remetieron en ellos seis cartuchos de gran potencia. Prendieron fuego a las mechas, todas de la misma longitud, y se retiraron a la altura del carro.

Ahora venía el momento difícil.

Tenían que obrar en cuestión de segundos.

Los cinco aguardaron, con las facciones expectantes y con las bocas secas.

La explosión pareció hacer temblar a la ciudad entera.

Una zona de la pared del Banco se derrumbó estrepitosamente. No era muy extensa, pero correspondía a la zona en que se apoyaba la caja fuerte, como los asaltantes habían calculado.

La inmensa mole de acero apareció ante sus ojos, envuelta en una nube de polvo.

Los cinco hombres se pusieron en movimiento.

Lo primero que hicieron fue acercar el carromato, con la máxima rapidez al hueco tras el que estaba la caja. Los caballos, asustados, se resistieron, pero sus dueños supieron dominarlos con habilidad. Cuando el carro estuvo prácticamente tocando con su parte trasera la caja fuerte, los cinco asaltantes pasaron a la segunda fase de la operación. Ésta era más difícil, pues le hacía falta no sólo habilidad, sino también una fuerza hercúlea.

En el carromato iban tres grandes barras de hierro.

Tres de los atacantes las tomaron para manejarlas como palancas. Así no les fue difícil volcar la caja hacia atrás, de modo que quedara apoyada en la parte posterior del carromato. Los ejes de éste, aunque estaban reforzados, parecieron ceder.

Luego hicieron lo más difícil. Entre los cinco levantaron una parte de la caja —la que no estaba apoyada en el carro—, y lograron colocarla sobre éste.

Pese a haberse ayudado con las palancas, lo que aquellos cinco hombres acababan de hacer demostraba una fuerza, nada común.

Pero en eso habían empleado casi tres minutos.

La ciudad empezaba a despertarse. Se oían gritos por todas partes.

Los cinco hombres subieron al carromato y uno de ellos arreó salvajemente a los caballos.

Éstos partieron al galope.

El peso que llevaban era muy considerable, por lo que no podían esperar grandes velocidades. Pero cuando los primeros vecinos llegaron al Banco, el carromato ya se había perdido de vista.

Quedaban las huellas de las ruedas, claro, pero los mismos hombres que llegaron de todas partes se encargaron de borrarlas sin darse cuenta.

Por unos momentos se produjo una indescriptible confusión.

Allí nadie sabía nada.

Aún flotaba en el aire una especie de nube de polvo, de modo que era difícil hacerse cargo de lo sucedido.

Por fin alguien gritó:

—¡Eh! ¡Aquí!

Señalaba el cuerpo atado y amordazado de Chest.

—¡Es el vigilante! ¡Por poco le abren la cabeza!

Una verdadera multitud se había reunido en torno al Banco.

Pocos se daban cuenta de que los salteadores se habían llevado la caja. En el primer momento, la impresión general fue que habían abierto aquél hueco para entrar y que aún se encontraban en el interior del Banco. Por eso una serie de tipos se adentraron también en él con las armas en la mano, creyendo que iban a alcanzar a los salteadores con las manos en la masa. La sorpresa fue mayúscula. Pero no se dieron cuenta de la verdadera situación hasta que alguien gritó:

—¡Se han llevado la caja fuerte!

El dueño del Banco acababa de llegar también. Se llevó las manos a la cabeza al darse cuenta del desastre.

—¡Había ahí más de ochenta mil dólares! ¡Esto es mi ruina! ¡Esos hijos de perra me han dejado en la calle!

Corrió hacia Chest, a quien unos cuantos vecinos acababan de desatar.

—¿Pero qué infiernos ha ocurrido?

Chest se llevó una mano a la cabeza, de la que aún brotaba la sangre.

—No lo sé, no consigo entenderlo. Nunca me habían sorprendido así.

—¿Cuántos eran?

—Yo sólo vi a uno.

—¡Para hacer esa voladura, lo menos tenían que ser cinco!

Chest se restañó la sangre.

—Puede que lo fueran, pero yo sólo vi a uno. Lo tuve encima antes de darme cuenta. Quise defenderme, pero me dejó sin sentido de dos culatazos. No comprendo cómo pudo suceder.

El banquero estaba indignado.

Con gusto hubiera abofeteado a aquel hombre al que hasta

momentos antes consideraba invencible.

Pero no se atrevió.

—¡No les pagaré ni un centavo! —Fue todo lo que pudo decir—. ¡Creí que con ustedes no iba a atreverse nadie, pero veo que son una cuadrilla de novatos! ¡No cobrarán ni un dólar!

Chest rechinó los dientes con rabia, pero se aguantó.

—No nos pague nada si no quiere. Pero lo que me ha sucedido a mí pudo haberle sucedido a cualquiera.

—¡Váyase al diablo!

Chest regresó al hotel.

Sus compañeros ya se habían dado cuenta de que algo extraño sucedía. Estaban en la puerta. Si no habían acudido ya al Banco era a causa de que el hotel se encontraba en el otro lado de la ciudad.

Enseguida se dieron cuenta de que Chest venía herido. No era difícil advertirlo, puesto que por su cara resbalaba todavía la sangre.

—¿Pero qué ha sucedido?

—¿Han asaltado el Banco?

Chest lanzó una maldición antes de contestar:

—¡Sí, y ha sido por una distracción mía! No vamos a cobrar ni un níquel.

Milton hizo un gesto de indiferencia.

—Bueno, no te preocupes por eso. Yo era partidario de no perder el tiempo aquí. ¿Pero qué ha ocurrido realmente? ¿Cómo han podido asaltar aquello?

—Debían de tenerlo muy bien estudiado —murmuró Chest—. Han volado una pared con explosivos, y a lo que parece, se han llevado la caja fuerte.

—¿Pero alguien les habrá seguido…?

—Imagino que sí. Pero también imagino que tendrán un buen escondite cerca de aquí. No les echarán el guante.

Donald murmuró:

—Yo esperaba algo parecido. Mis cartas me habían dicho que ocurriría algo extraño esta noche. Bueno, a lo que parece hay que largarse de aquí.

—Sí, y con el rabo entre piernas.

—Todo por culpa mía —masculló Chest.

—No vuelvas a preocuparte de eso.

Los cuatro hombres prepararon sus reducidos equipajes y ensillaron sus caballos, pese a que aún no había amanecido. Momentos después cabalgaban en dirección oeste.

Vieron una pequeña tropa de jinetes que salía de la ciudad por el otro lado. Sin duda iban a perseguir a los asaltantes. ¿Pero los encontrarían?

Todos estaban seguros de que no.

Cuando se da un golpe de tal categoría, se tiene siempre bien cubierta la retirada.

Cuando los primeros rayos del sol alumbraron la llanura, los cuatro hombres estaban ya bien lejos. En cierto modo habían olvidado lo sucedido en Rincón. Pero luego comprendieron que tendrían motivos para no olvidar nunca.

Capítulo III

Los cuatro jinetes cabalgaron sin novedad durante dos días más.

No podía decirse que tuvieran demasiada suerte.

No encontraban el menor rastro de Jeff Sanders. Preguntaban por todas partes y se repartían el trabajo de las investigaciones, pero nadie había visto al fugitivo.

Era como si se lo hubiese tragado la tierra.

Eso resultaba muy extraño, porque en las llanuras de Texas no podía ocultarse un hombre. Lo que era fácil en los farallones de Arizona, resultaba muy difícil en aquella tierra lisa como la palma de la mano, y donde los ranchos abundaban. Por fuerza el fugitivo tenía que haber pasado cerca de alguno de ellos o haberse cruzado con los conductores de manadas que llevaban sus reses a los apartaderos del ferrocarril. También era lógico que hubiese tenido que comprar comida. Pero nadie le había visto. Nada. Ni un rastro.

Chest empezaba a mostrar impaciencia.

No tardó en dirigir pullas al tahúr Donald y sus cartas:

—De modo que los naipes te dieron esta dirección, ¿eh? ¡Pues sí que estamos lucidos! ¿Estás seguro de que tus propias cartas no te hicieron trampa?

Donald masculló:

—Mis naipes no me traicionan nunca.

—Pues me parece que esta vez nos hemos lucido. No sé adónde vamos. Y no hay rastro de ese tipo.

Simmons guardaba silencio.

El enano había demostrado que era un tipo reconcentrado, hundido en sus pensamientos, cuya única preocupación consistía en sacar brillo cada día a su mortífera colección de cuchillos y de punzones.

Milton fue el que intervino, conciliador:

—Todos sabíamos que Jeff Sanders no era un cualquiera. Si fuese fácil dar con él nadie ofrecería la friolera de veinte mil dólares. De modo que creo que hay que tener paciencia. Ese tipo es muy astuto, pero acabará dejando algún cabo suelto. Ya veréis como no tardaremos en encontrar algún rastro.

Chest dijo mordazmente:

—¡Claro! ¡No faltaba más! ¡No hay que preocuparse! ¡En caso de duda no tenemos más que consultar las cartas de Donald!

El tahúr aceptó sin rechistar aquella última burla. Sus facciones se ensombrecieron, pero al final se calló. Picó espuelas levemente y pasó por delante de los otros.

Así fue el primero en llegar a aquella nueva población donde no habían estado nunca.

Un cartelón a la entrada indicaba su nombre:

«LOS LLANITOS»

La denominación encajaba bien, porque aquello era liso como la palma de una mano. El pueblo se componía de unas docenas de casas que tenían el mismo color del polvo de la llanura. Los cuatro hombres, que llevaban dos noches durmiendo al raso, comprendieron que aquél era un buen sitio para descansar.

Y más que ellos lo necesitaban sus caballos.

De modo que se quedaron allí.

Los Llanitos tenía un hotel y un saloon. Se hospedaron en él primero y no tardaron en ir al segundo a remojar el gaznate. Pero eso era sólo un pretexto. Aparte de su sed, también querían interrogar a los clientes, por si alguien había visto al fugitivo Jeff Sanders.

Pero aquí les ocurrió como en todas partes.

Parecía imperar una consigna de silencio. Nadie había visto al fugitivo de Yuma.

De todos modos, decidieron quedarse allí un día entero, en parte para descansar y en parte por si alguien sabía algo y terminaba diciéndolo. Sentados ante una mesa del saloon, se dedicaron a escuchar las conversaciones de la gente que se reunía allí.

Donald extrajo su mazo de naipes.

Parecía no poder estar ni diez minutos, quieto en un sitio sin juguetear con él.

Los barajó varias veces entre sus dedos, pero por la parte posterior, de modo que sus compañeros no vieran ni los dibujos ni los números.

Chest volvió a lanzar una de sus pullas:

—¿Qué ocurre ahora? ¿Te dicen los naipes alguna cosa que nosotros no podamos saber?

Donald siguió jugueteando con la baraja.

—¿Por qué preguntas eso?

—Hombre… Por la forma de barajarlo parece como si no quisieras que los viésemos.

Donald sonrió.

—Eso es una tontería. Son naipes como los otros.

—A verlos.

Y Chest puso su derecha sobre una de las cartas que había en la mesa.

Entonces ocurrió algo muy extraño.

Tan extraño que al principio nadie lo comprendió.

Y aún tardarían mucho en comprenderlo.

Las facciones de Donald cambiaron.

Se hicieron agresivas, tensas, duras como la piedra. Puso también su mano sobre aquel naipe, retirándolo, y dijo con un soplo de voz:

—No te atrevas a mirarlo, Chest.

—¿Pero por qué? ¿Qué hay en esta carta?

—Nada que tú tengas que ver… por lo menos ahora. Todos estaban boquiabiertos.

Especialmente Chest, quien se daba cuenta de que Donald había estado a punto de matarle. Y lo peor era que no comprendía por qué. ¿Qué diablos había en aquella maldita carta?

Milton susurró:

—Eso es un misterio sin sentido, Donald. No comprendo qué es lo que puedes ocultar en esa baraja, pero en todo caso no hay para ponerse así. ¿Por qué no nos enseñas ese naipe?

—A nadie le interesa.

Milton se encogió de hombros.

—Está bien, no vamos a reñir entre nosotros por una tontería

así. Puedes guardar tu baraja y metértela donde te quepa. Pero de todos modos has de reconocer que eres un tipo extraño, Donald.

—¿Extraño por qué?

—En primer lugar, eres el más viejo de todos nosotros.

—Sólo tengo cuarenta años.

—Cierto, pero a los cuarenta años uno no se mete en esta clase de aventuras.

—Resisto las fatigas tan bien como vosotros. Y ya habéis visto que nadie puede enseñarme a disparar.

—De acuerdo, pero de todos modos ésta es una aventura para jóvenes. Y hay algo más, Donald.

—¿Qué?

—Tengo la sensación de que nosotros tres necesitamos el dinero que ofrecen por Jeff. Simmons es un asesino profesional mal pagado. Chest no sabe hacer otra cosa que perseguir y matar. Yo soy un pacificador que de momento me encuentro sin trabajo. Sí, todos necesitamos ese dinero. ¿Pero y tú? Tengo la sensación de que, si quieres, en una noche puedes ganar una fortuna con tus malditos naipes. Eres un tahúr de categoría, o al menos lo has sido, y Texas es el paraíso del juego. ¿Quieres decirnos por qué tragas polvo en nuestra compañía, persiguiendo a un fantasma?

Donald se encogió de hombros.

—Será porque me conviene. O porque me gusta.

—¿No quieres darnos una explicación?

—Yo no tengo que dar explicaciones a nadie.

Milton volvió a encogerse de hombros, sonriendo.

—Está bien, está bien… No desharemos el grupo por eso. Aquí nadie tiene derecho a molestar al otro.

Y sirvió una ronda de *whisky* de la botella que tenían sobre la mesa, para disipar la tensión.

Todos bebieron.

Todos menos Chest.

Éste parecía haber visto algo, porque dejó lentamente el vaso sobre la mesa.

Los otros siguieron la dirección de su mirada.

Chest tenía los ojos clavados en la puerta del saloon.

Acababa de entrar un tipo alto, delgado, sinuoso, que ostentaba una fina barba rubia.

Los ojos de Chest se nublaron.

Inmediatamente se puso en pie, volcando casi la mesa. Su derecha voló hacia el revólver.

El tipo de la barba rubia le vio a él cuando ya era demasiado tarde. Sus facciones se contrajeron. Dio la sensación de que no entendía aquello, pero todo fue tan breve como un relámpago.

No tuvo tiempo de decir una palabra.

De pronto Chest disparó. Era un tipo certero, pero quizá nunca lo había sido tanto como entonces. Actuó con una increíble precisión y rapidez. Entre los dos ojos del hombre de la barba rubia se formó inmediatamente un tercer ojo color sangre.

El recién llegado se derrumbó estrepitosamente.

Todo el mundo en el saloon había contenido la respiración.

Nadie entendía nada de todo aquello.

Chest guardó el revólver lentamente y se volvió a sentar ante la mesa, como si nada hubiera ocurrido.

Sus compañeros le miraban asombrados.

Fue Milton el que susurró, resumiendo el pensamiento de todos:

—¿Pero por qué?

—Es un asunto mío —se limitó a explicar Chest.

—¿Algún viejo enemigo?

—No. Un enemigo nuevo. Lo vi por primera vez hace un par de días.

—No te entendemos, Chest.

—Pues es sencillo. Ese tipo fue el que me golpeó cuando sus compañeros asaltaban aquel Banco en Rincón.

—¿De modo que…?

—Yo nunca perdono esas cosas —dijo secamente Chest—. Juré que mataría a ese tipo y lo he hecho.

Milton murmuró:

—Pero no lo has hecho noblemente, Chest.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando has disparado, él apenas te había visto. No le has dado la menor oportunidad para defenderse.

Chest distendió sus labios con una de aquellas sonrisas cínicas que parecían caracterizarle.

—¿Y quién habla de nobleza? Yo nunca he presumido de eso. Yo me limito a enviar a mis enemigos al infierno mientras yo sigo en la

tierra. El que no esté conforme puede decirlo.

Milton estuvo a punto de soltar algo grueso.

Pero al fin se calló.

Estaban unidos para perseguir a Jeff y luego se separarían. Quizá no volvería a ver nunca más a aquel tipo. No valía la pena discutir con él.

Los otros dos debieron pensar lo mismo, porque se levantaron silenciosamente.

Retiraron el cadáver que estorbaba la entrada porque estaba cruzado en la puerta.

Donald murmuró:

—Supongo que habrá que avisar al alguacil.

—No lo hay, señor —dijo uno de los mexicanos que se hallaban en el saloon—. Un representante del *sheriff* viene una vez por semana, por si ha ocurrido algo. Pero aún le faltan tres días para aparecer por aquí.

Milton también se había puesto en pie.

—Cuando aparezca, le dicen que este hombre fue uno de los que asaltaron el Banco de Rincón. Supongo que todos habrán oído hablar de eso.

—Desde luego, señor.

—Pues no hay más que hablar.

Y los cuatro hombres salieron del local.

El hotel no estaba lejos.

Pero él aire de la ciudad parecía haberse enrarecido para ellos. Diríase que por minutos se hacía irrespirable.

—Yo me largaría de aquí —dijo Chest.

Donald fue de otra opinión.

—Más vale que descansemos otra noche. Yo no pierdo la esperanza de que alguien nos de una buena información. En todo caso, podemos votar sobre ese problema.

Milton dijo:

—Yo creo que hay que quedarse.

Y Simmons:

—Yo opino lo mismo. De otro modo parecería que huimos.

—La cuestión queda resuelta, Chest —dijo Donald—. Ya ves que somos tres contra uno. De modo que nos quedaremos aquí una noche más.

Chest se resignó.

Entraron en el hotel y se tumbaron en las camas de sus respectivas habitaciones. Dormían separados, para que nadie pudiera liquidarlos con un solo golpe, por ejemplo, arrojando una bomba por una ventana.

Milton miró la luz violeta, crepuscular que se iba filtrando a través de los cristales.

Tenía unos deseos terribles de dormir, dormir durante muchas horas, olvidarse de todo.

Y cerró los ojos.

Pero no sabía que el destino aún le tenía reservada para aquella noche una buena sorpresa.

CAPÍTULO IV

Todo ocurrió aproximadamente una hora después.

Ya había cerrado la noche sobre Los Llanitos.

Milton dormía plácidamente cuando su sexto sentido le advirtió de que algo extraño ocurría en la habitación. Abrió solamente un ojo, sin moverse.

Si alguien estaba allí, convenía dar la sensación de que él seguía dormido.

Y en efecto, vio una sombra.

Alguien se movía en la habitación.

El joven hizo un solo y seco movimiento, y el revólver que tenía bajo la almohada apareció a la luz.

—¡Quieto o te abraso!

El tipo que estaba dentro de la habitación se irguió de repente, levantando las manos a la altura de la cabeza.

No llevaba armas, y su aspecto era el de un tipejo inofensivo.

Seguramente se trataba de un ladrón que había intentado hacerse con los dólares. Sin dejar de apuntarle con la derecha, Milton avivó con la izquierda la llama del quinqué que tenía sobre su mesilla.

El tipejo seguía quieto.

No hizo el menor gesto para ocultarse ni para huir.

—¿Quién eres? —preguntó Milton—. ¿Qué demonios buscabas aquí?

—Quería hablar con usted.

—¿Y para eso has entrado de esta manera?

—Es que quería hablarle con el mayor secreto, se lo aseguro.

—Di más bien que pretendías dejarme sin blanca mientras dormía.

—Le aseguro que no, señor Milton.

—¿Sabes mi nombre?

—Claro que sí. Y también es verdad que deseaba hablar con usted.

Milton relajó su vigilancia, aunque sin dejar de apuntar al intruso.

—¿Hablar conmigo? ¿De qué?

—Quisiera venderle una información. Y muy barata.

—¿Sobre qué?

—Sé que ustedes buscan a Jeff Sanders.

Milton hizo un gesto de interés.

—¿Qué sabes de él?

—Lo que sé se lo diré por diez dólares. ¿Acepta?

—Diez dólares no son gran cosa, pero depende de lo que tengas que decir.

—Empezaré informándole que yo estuve con Jeff en el penal de Yuma.

—Entonces debes conocerle…

—Bastante bien. Y en cambio sé que ustedes le persiguen sin haberle visto nunca.

—Eso es cierto.

—Pues de ese modo no llegarán a ninguna parte.

—Me temo que no —reconoció Milton—. Pero confiábamos en encontrar información por el camino.

—Yo se la voy a dar. Jeff pasó por aquí hace tres días. Tiene los cabellos negros y usa un pequeño bigote. Supongo que esos datos ya los conocían. Pero le añadiré que va vestido de azul y que se hizo una pequeña cicatriz en un brazo. En el derecho concretamente. Con eso podrán reconocerlo bien.

—¿Dices que estuvo aquí hace tres días? ¿Y por qué no lo ha contado nadie?

—Dudo que lo vieran. No se detuvo ni diez minutos. Por otra parte, la gente tiene miedo. Nadie habla de un tipo como Jeff Sanders.

—¿Hacia dónde fue?

—Es de sentido común. Él trata de huir.

—¿Hacia la frontera de México?

—Exacto. Y no está demasiado lejos.

—Pero tampoco está demasiado cerca.

—Por eso le aviso. Tienen tiempo de capturarlo si se dan prisa. ¿Qué? ¿Valen o no valen diez dólares mis informes?

Milton extrajo un billete por aquella cantidad.

—Desde luego que sí. Aquí tiene su paga. Pero me extraña que se haya conformado con una cantidad tan módica.

—Diez dólares son mucho para el que no tiene nada —dijo el tipejo—. Al menos podré echar un trago. Tengo el gaznate más seco que el desierto Mojave.

Milton le dio cinco dólares más.

—Entonces échese un buen trago a mi salud. Pero aún no me ha dicho su nombre. ¿Cómo se llama?

—Roy.

El tipejo desapareció.

Tenía una habilidad especial para esfumarse.

Cuando el joven quedó solo, se puso en pie y se remojó la cara para despabilarse.

Lo que sabía era bastante importante. Con aquella pista podían encontrar a Jeff Sanders, que hasta entonces les había parecido poco menos que una sombra.

Salió para avisar a sus compañeros.

Pero ya en el pasillo oyó los ronquidos de éstos.

Los tres dormían a pierna suelta. Comprendió que no iba a ser fácil hacerlos marchar aquella misma noche.

Milton se encogió de hombros.

Bueno, tampoco corría tanta prisa.

Sabiendo en qué dirección marchaba Jeff, podrían capturarle igualmente, aunque se retrasaran unas horas.

Milton consultó su reloj.

Eran sólo las doce.

Le dio pereza volver a su habitación, ahora que se había despabilado. Además, tenía sed. No sería mala idea darse una última vuelta por el saloon, antes de que lo cerraran.

De modo que salió del hotel y se dirigió al saloon.

Pronto notó que el ambiente de éste había cambiado al llegar las altas horas de la noche.

Antes era un sitio más o menos inocente, donde se jugaba y se bebía. No había en él ni una mujer. Pero, al parecer, por la noche

era distinto. Se veían unas cuantas damiselas pululando por allí, la mayoría de ellas bastante hermosas. Se hablaba entre cuchicheos. Los clientes eran ahora tipos bien vestidos, que debían ser rancheros acomodados de la comarca.

Milton lanzó un silbido.

¡Vaya si había cambiado aquello!

Se acodó en la barra y pidió un vaso de cerveza.

Allí no había nadie más que él. El camarero se acomodó al otro lado, con ganas de hablar.

Milton susurró:

—Este ambiente no me lo esperaba.

—Mucha gente se lleva una buena sorpresa, al salir de noche. Pero Los Llanitos es una ciudad que engaña. Todos esos que ve son rancheros ricos.

Y señaló una pareja que salía discretamente por una puerta. Sin duda más allá había algún lugar para reunirse.

El joven murmuró:

—Pues sí que está animado esto…

—Sí, pero es sólo para gente de dinero. Si usted no tiene treinta dólares, no se acerque a ninguna de esas damiselas.

—Treinta dólares son una suma bastante considerable.

—Por eso le digo que los que vienen aquí son gente acomodada. ¿Qué? ¿Otra cerveza?

El joven asintió.

Mientras se la servían, miró distraídamente hacia un rincón del local.

Y entonces tuvo otra violenta sorpresa.

¿Qué era aquello?

¿Veían bien sus ojos?

Aquel tipejo llamado Roy estaba sentado al fondo, ante una mesa, en compañía de la que era quizá la más hermosa de todas aquellas damiselas. Y había que suponer que sería también la más cara.

Roy le enseñaba discretamente un fajo de billetes.

Se levantaron y salieron del local.

El joven se quedó de piedra.

¿No le había dicho Roy que no tenía dinero y que sólo quería los diez dólares para echar un trago? ¿De dónde había sacado, pues,

aquel fajo de billetes?

Allí había un misterio que el joven se propuso averiguar.

Hizo una seña al camarero y se deslizó silenciosamente detrás de la pareja.

Ésta atravesaba en aquel momento un callejón. Al otro lado había una casa de aspecto hermético y discretamente iluminada.

Entraron allí.

Y Milton tras ellos.

Se encontró en un vestíbulo tenuemente alumbrado, en él que había un portero que al menos pesaba cien kilos.

Se detuvo ante Milton. La pareja ya había desaparecido escaleras arriba, en silencio.

El portero murmuró:

—¿Qué quiere usted, amigo?

—Voy detrás de esos que acaban de entrar.

—No puede. Es un asunto muy privado.

—Lo sé. Y no habría entrado si mi problema no tuviera tanta importancia.

—Supongo que usted también va detrás de la chica. Bueno, no se preocupe. Ella volverá a salir.

Milton murmuró:

—No es lo que usted piensa. Y déjeme en paz.

Fue a seguir adelante, pero el gigantesco portero movió velozmente el puño derecho.

Era el matón del establecimiento. Y tenía órdenes muy estrictas de evitar los jaleos.

Pero si creía que Milton se iba a estar quieto para recibir aquel gancho, se equivocó. Porque cuando su puño rasgó el aire, Milton ya había saltado hacia atrás. Demostró conocer las distancias mejor que un boxeador profesional.

Y entonces disparó los puños a su vez. Los dos.

Fue un doble impacto de los que cuartean los huesos. El gigantesco portero se estremeció. Sus ojos se pusieron en blanco.

Había sido cazado de lleno.

Fue el K. O., más rápido de toda la carrera de Milton.

Cuando tuvo a aquel tipo tendido a sus pies, Milton examinó velozmente el libro-registro.

En realidad, no podía ser llamado así. Se trataba de una libreta

con los números de las habitaciones, y en la cual el portero iba tachando las ocupadas.

Miró la última.

Era la trece.

—Mala suerte para él —susurró el joven.

Y subió al piso superior. La habitación número trece estaba al principio de un pasillo.

Y se hallaba cerrada por dentro, pero Milton la derribó de un solo empujón con el hombro.

Lo que divisó le hizo entornar los párpados.

Realmente la chica estaba muy sugestiva.

Más que antes.

Roy le miró con asombro y horror, mientras alzaba las manos a la altura de la cabeza.

—¡No llevo armas! —gritó.

—Tampoco las necesitas. No pienso matarte —masculló Milton —. No pienso matarte…, al menos de momento.

Roy estaba sencillamente aterrorizado.

Se apoyó en la pared.

En cuanto a la chica, no parecía impresionada en absoluto por aquel espectáculo. Debió pensar que el tipo que acababa de entrar era bastante mejor que el que ya estaba dentro. Y sonrió sugestivamente a Milton, mientras se tensaba una media.

Milton movió dos dedos, produciendo un chasquido.

—Largo, muñeca.

—¿No quieres que me quede?

—Lo siento, nena, pero quizá este tipejo tenga algo importante que decirme. Y no conviene que tú lo oigas.

Ella se dirigió a la puerta.

—Muy bien, pichón. Tú te lo pierdes. Por una vez que una no piensa en el dinero, hay que ver cómo la tratan…

Y desapareció.

Milton sujetó por las solapas a Roy, levantándole en vilo.

Roy seguía aterrorizado.

—¿Qué…? ¿Qué quiere? —balbució.

—Sólo una cosa. Que me digas de dónde has sacado el dinero.

—¿Qué dinero?

—Me has dicho en mi habitación que eras un miserable que

necesitaba diez dólares para beber. Y luego te he visto en el saloon, mientras enseñabas a esa chica un fajo de billetes. ¿De dónde han salido?

—Los… Los encontré.

—¿En la calle?

—Sí…

—Vaya casualidad…

—Le juro que… los encontré. Alguien habría perdido el dinero. Alguien que debía pasar cerca de… de…

—No creo ni una palabra de ese cuento chino, amigo.

—Pues entonces…, ¿qué piensa?

—Alguien te dio esa suma. Antes o después de verme a mí, no lo sé. Pero te la dieron.

—¿Y para qué habían de dármela?

—Eso es lo que quiero que me expliques…, amigo. Roy tembló.

Miraba desesperadamente a la única ventana, por donde tal vez hubiera podido saltar, pero se sentía impotente para zafarse de la presión de los férreos brazos de Milton.

—Bueno… —farfulló—. No me va a creer.

—Depende de lo que me digas.

—Ese dinero me lo dio…

—¿Quién?

Roy tragó saliva espasmódicamente.

Le costaba soltar el nombre.

Al fin farfulló, con angustia:

—Fue… Fue…

Y en aquel momento todo su pequeño cuerpo se tensó, destensándose rápidamente. Quedó en las manos de Milton como un muñeco desinflado. El joven no comprendió en el primer instante.

Y fue al ver el rictus de agonía en la boca de Roy cuando se dio cuenta. ¡Lo habían matado! Lo habían matado mientras le tenía prisionero en sus manos.

Le soltó.

Y fue entonces cuando vio él mango del cuchillo que se había clavado hasta las cachas en la espalda del pequeñajo.

Lo habían lanzado desde la puerta. Y tuvo que ser un individuo muy hábil y entrenado el que lo hizo.

Milton lanzó una maldición.

Había perdido unos segundos preciosos mientras miraba a Roy, sin poder creer que éste fuera ya un cadáver. Saltó entonces hacia la puerta, mientras sacaba el revólver.

Pero ya no vio a nadie.

Claro. El asesino había dispuesto de más de un cuarto de minuto para escapar. Y como la habitación número trece estaba junto a la escalera, ya incluso debía haber salido del local.

Milton descendió rápidamente.

El portero aún estaba sin sentido. No fingía. El fulano seguía groggy, y por tanto no podía haberse enterado de nada.

Milton miró la calle, a un lado y a otro.

Nada.

Silencio.

El asesino habría tenido las máximas facilidades para huir, entre la penumbra y la soledad que rodeaba todo aquello.

Milton se pasó una mano por la frente.

Infiernos…, ¿quién podía haber sido? ¿Y por qué?

Un solo nombre acudió entonces a su memoria. El de Simmons. Sólo un experto como él podía haber lanzado el cuchillo con tan endiablada maestría.

El joven regresó al hotel.

Sus facciones estaban lívidas.

Directamente se dirigió a la habitación del enano, a la que éste apenas habría tenido tiempo de volver.

La abrió. Vio que Simmons roncaba estruendosamente.

Parecía mentira que unos ronquidos tan grandes pudieran surgir de un cuerpo tan pequeño.

El joven le destapó de un tirón.

Quería saber si el enano estaba vestido.

Pero no. Dormía semidesnudo, con las piernas cubiertas por unos ridículos calzoncillos largos.

Simmons despertó de repente. Le miró con los ojos desencajados por él asombro.

—¿Qué pasa? —murmuró—. ¿Pero te has vuelto loco, Milton? ¿Qué quieres? ¿Robarme los calzoncillos?

Milton no sabía qué pensar.

¿Fingía aquel tipo? ¿Podía ser tan hábil?

Dejó caer la ropa, tapando de nuevo al tipejo.

—Perdona —dijo confusamente—. Perdona… Era una comprobación.

—Pues vaya horas de comprobar cosas…

El joven se dirigió a la puerta. No sabía qué pensar. Fue a su dormitorio y se encerró en él. Pero aquella condenada noche ya no pudo pegar un ojo.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente no hizo ningún comentario. Los cuatro hombres, mientras ensillaban sus caballos, no parecían dispuestos a hablar. Estaban taciturnos, como si adivinaran que negros nubarrones se cernían sobre sus vidas.

¿Negros nubarrones? ¿Pero de qué clase?

Una vez lo tuvieron todo preparado, Donald se limitó a decir:

—En marcha.

Abandonaron la pequeña ciudad.

Las casas con el color del polvo de la llanura, el saloon, la casa de moral equívoca donde aún debía yacer muerto un hombre.

Milton apretó los labios.

¿Quién lo había liquidado? ¿Y por qué?

Hizo un gesto y dejó de pensar en eso.

Al fin y al cabo, quizá fuera una casualidad, algo que nada tenía que ver con ellos.

¿Qué sabía él de la vida de aquel tipejo?

Podían haberle matado por cien razones distintas.

De modo que picó espuelas y pasó delante, marcando el ritmo de la marcha.

Chest preguntó burlonamente:

—¿Qué? ¿Se descansó anoche?

—¿Por qué dices eso? —murmuró Milton.

—No sé… Pero tienes cara de sueño.

—Cierto. No he dormido bien.

—Parece que esta ciudad no ha acabado de probarnos —insistió Chest.

—Por lo menos, a mí, no —reconoció Milton.

—¿Ocurrió algo?

—Nada —dijo secamente el joven.

Chest rió cínicamente otra vez.

—No te lo tomes a mal, hombre… Yo lo preguntaba de buena fe. Creí que estabas muerto de sueño porque habías encontrado a una chica.

El joven no contestó.

Pensaba que quizá Simmons hablaría del extraño suceso de la noche anterior, pero el enano parecía tener la cabeza ocupada en otras cosas. Lo único que preguntó fue:

—¿Qué rumbo seguimos?

Chest dijo burlonamente:

—¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso tenemos algún problema? El rumbo nos lo marcan las cartas de Donald.

Y miró a éste.

—¿Hemos de seguir hacia el oeste? ¿O quizá tus naipes mágicos te han marcado alguna modificación, amigo?

Donald dijo de mala gana:

—Ninguna modificación. Hemos de seguir hacia el oeste.

Chest masculló:

—¿Sabes que tus naipes ya me están chinchando Donald?

—No veo la razón.

—Pues yo sí que la veo. Son unos naipes misteriosos, a lo que parece.

—Son como los otros.

—¡Que te crees tú eso!

—¿Por qué hablas así?

—Porque al menos hay un naipe que no es como los otros.

—¿Cuál?

—El que no nos dejaste ver ayer en el saloon.

Donald palideció, pero sólo fue un instante.

—En el momento oportuno veréis toda la baraja —se limitó a decir.

Simmons refunfuñó:

—No sé a qué vienen tantos misterios, Donald, pero, en fin, cada uno es como es. Yo no me meto contigo. Lo único que quiero es ganarme al menos cinco mil dólares, y por eso pregunto por el rumbo a seguir.

Entonces intervino Milton.

Dijo con voz tranquila:

—¡No es que quiera discutir, y menos con Donald, que es el mayor de todos nosotros! Pero me parece una tontería que vayamos hacia el oeste por mucho que los naipes lo hayan indicado. Yo no creo que un fugitivo como Jeff Sanders se dirija hacia allí. Poneos en su lugar. Es elemental, que, si trata de huir, vaya hacia el sur, es decir, hacia la frontera de México.

Simmons intervino:

—Es una idea muy razonable. La verdad es que desde que salimos, vengo pensando en eso.

Pero Chest negó con la cabeza.

—La idea no me parece tan razonable —dijo.

—¿Por qué?

—Por una sencilla razón, porque el penal de Yuma tampoco está lejos de la frontera con México. Caso de haber querido ir hacia allí, Jeff no hubiera dado un rodeo tan grande, hasta llegar a Texas.

Simmons reconoció:

—Eso es cierto.

—Pues yo creo que hubo una razón para que viniera a Texas.

Todos le miraron con curiosidad.

—¿Qué razón?

—En primer lugar, la zona de la frontera lindante con Yuma estaría muy vigilada. Seguro que durante semanas pusieron un hombre detrás de cada piedra. A un hombre tan astuto como Jeff le convenía mucho más dar un rodeo, aunque aparentemente perdiese el tiempo. Además hay otra razón. Yo creo que tenía preparado su último golpe.

La curiosidad de los otros se acrecentó. Parecían muy interesados por lo que estaba diciendo el joven.

—¿Qué golpe? —murmuró Chest.

—El del Banco que fue asaltado en Rincón. Quizá sea una tontería, pero no me quito de la cabeza que aquello estuvo preparado por unos hombres inteligentes y bien entrenados. Es decir, por la banda de Jeff Sanders.

Chest murmuró:

—Es curioso, pero yo he pensado a veces lo mismo. De todos modos, tampoco estoy tan seguro. Ahora lamento haber matado tan rápidamente a aquel tipo de la barba rubia. Debía haberle

interrogado antes.

Simmons se encogió de hombros.

—Bueno, de nada sirve lamentarse por lo que ha sucedido ya. Además, no nos importa si aquello lo hizo Jeff o lo hizo otro grupo. Personalmente solo pienso en lo que vamos a cobrar. Y para eso es esencial saber qué demonios de rumbo seguimos.

¿Milton dijo?

—Yo voto por el sur.

Chest alzó una mano.

—Yo también voto por el sur. Y os juro que habrá bronca si alguien piensa lo contrario.

Donald le miró irritado, pero no hubo bronca.

Porque Simmons dijo también:

—Al sur.

Con eso quedaba bien establecida la mayoría. Donald no tenía más remedio que conformarse o abandonar el grupo.

Decidió conformarse.

Giraron sus caballos y tomaron la dirección del sur. El sol picaba fuerte y la marcha iba a ser dura.

Pero eso no pareció importar a Chest, que era el más alegre.

Se puso a silbar una cancioncilla.

Por lo visto, todos los pueblos de aquella zona se llamaban de una manera parecida. Habían dejado atrás Los Llanitos. Ahora se encontraron de cara con una población llamada Las Cruces.

Era un lugar pequeño, parecido al anterior. También tenía el color del polvo de la llanura. Una quietud casi terrible imperaba en él. Diríase que lo habían abandonado todos sus habitantes.

Los cuatro jinetes se detuvieron.

Las Cruces era como un lagarto dormido bajo el sol. Chest murmuró:

—¡Qué ciudad más quieta!

—Sí —confirmó Milton—. Parece como si en cien años nadie hubiera nacido ni muerto en ella.

Donald mascculló, tras pasarse la lengua por los labios que ya se habían quedado secos.

—De todos modos, habrá un saloon donde tengan cerveza. Yo necesito un trago, y los caballos también empiezan a necesitar un poco de agua.

Milton decidió:

—Haremos un alto ahí. Además, quizá tengamos suerte y alguien haya visto a Jeff.

Todos asintieron.

Y los cuatro matadores pusieron rumbo a la ciudad dormida.

Cuatro matadores, cuatro asesinos profesionales.

No sabían hasta qué punto iban a estar obligados a volver a serlo.

* * *

En Las Cruces había una oficina del alguacil. Cuando se entraba en la calle principal se notaba que la ciudad no era tan pequeña como parecía vista desde fuera. Lo único curioso, y hasta estremecedor, era que no se veía a nadie por la calle. El cartelón rojo anunciando la oficina del alguacil era mecido tristemente por el viento, como la bandera de un ejército derrotado.

Milton espoleó el caballo para dirigirse hacia allí.

—Es extraño lo que ocurre aquí —dijo—, pero en todo caso el alguacil podrá informarnos. Y quizá él sepa algo acerca de Jeff.

Todos se dirigieron hacia el cartel rojo.

Descabalgaron. Y amarraron sus caballos junto a otros que ya estaban enfrente de la oficina del alguacil. Eran cuatro hermosos corceles, todos ellos negros, y que aún estaban sudorosos. Eso indicaba que sus dueños hacía poco que habían llegado a la ciudad.

Pero seguía sin verse a nadie por parte alguna.

Milton fue el primero en entrar a la oficina del alguacil.

Y se detuvo de pronto, mientras palidecía.

Ya en el umbral había estado a punto de tropezar con algo.

Con las botas de un hombre que colgaba del techo.

Miró hacia arriba y lo vio con claridad. Era el alguacil de la ciudad. Aún llevaba la estrella prendida a la camisa a la altura del pecho.

Y lo habían ahorcado apenas cinco minutos antes. Los otros tres hombres entraron, tras él.

Al ver el espectáculo lanzaron sendas maldiciones. Milton silabeó:

—A este hombre acaban de matarle. No sé la razón, pero aquí ocurre algo. Y como puede estar relacionado con Jeff Sanders, quiero saber de qué se trata.

Simmons señaló los caballos negros.
—Cuatro hombres que acaban de llegar a la ciudad. Y los cuatro son hermanitos gemelos, a juzgar por sus caballos. Esto no me gusta.
Donald masculló por su parte:
—Lo que no sé es a quién demonios podemos preguntar. Habrá que pegar fuego a las casas para que la gente salga. No se ve a nadie…
En aquel momento, Milton señaló hacia la pesada mesa que ocupaba el centro de la oficina del alguacil.
—Un momento. Aquí hay otro cadáver.
En efecto, se veía la punta de una bota asomando por debajo de aquella mesa.
Milton tiró de ella.
Estaba seguro de sacar a un muerto, pero se equivocaba. Lo que sacó fue un vivo.
Claro que el tipejo no parecía estar vivo del todo. Su palidez era realmente mortal. Además, tenía los ojos extraviados y le castañeteaban los dientes.
Milton lo sacudió por la camisa.
—¿Qué hacías ahí escondido? ¿Quién diablos eres?
—Soy… Soy el ayudante del alguacil.
—¡Pues sí que has ayudado a tu jefe!
—He tenido que esconderme para que no me mataran. Ellos eran cuatro…
Milton señaló hacia fuera.
—¿Los de esos caballos?
—Sí…
—¡Sus nombres! ¡Quiero sus nombres!
—Los he conocido bien… Son los hermanos Aston.
Milton palideció.
Había oído hablar, como todo el mundo, de aquellos cuatro granujas que aterrorizaban Texas. Eran cuatro sabandijas a los que faltaba incluso esa relativa grandeza de los auténticos forajidos. Mordían como las ratas y se ocultaban chillando. Tipos de esos que no valen ni él precio de la cuerda con que se les ahorca.
Volvió a zarandear al tipejo y masculló:
—¿Por qué han ahorcado al alguacil? ¿Qué razón había para que

hicieran algo tan arriesgado?

—Yo creo que venían aquí sólo para descansar, pero han perdido la cabeza.

—¿La han perdido por qué?

—El alguacil tenía una hija muy hermosa. Dieciocho años… Estaba con él cuando esos buitres han entrado.

Milton palideció.

—¿Y se la han llevado?

—Sí. Para eso han ahorcado a su padre.

—¿Dónde la tienen?

El tipejo señaló tímidamente a una esquina algo lejana en la que había un edificio donde unas grandes letras amarillas proclamaban: LAS CRUCES HOTEL.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unos cinco o seis minutos.

El joven apretó los labios.

—Entonces no ha habido tiempo de que ocurriera nada importante. ¿Qué pensáis de todo esto, amigos? ¿Tenéis ganas de bailar?

—«Hace una barbaridad de tiempo que no mato a un hombre. Me estoy desentrenando…»

Por su parte, Donald dijo con voz tensa:

—Los que ultrajan a una mujer me dan un asco invencible. Los remataría, aunque estuviesen heridos. De modo que si esos cuatro buitres están aquí necesito cuatro ataúdes.

Milton pensaba igual.

Dijo sencillamente:

—Muerte.

Chest, por su parte, sonrió cínicamente, alzando una mano.

—Por lo visto hay mayoría. Y como respeto los votos de los demás, también tiro a la cabeza de esos cuatro hombres. Pero hay que impedir que huyan.

Lo primero que hizo fue salir a la calle y desamarrar a todos los caballos que había en la calle principal, dejando solamente los de la oficina del alguacil. De ese modo, si los asesinos trataban de huir tendrían que dirigirse precisamente hacia allí. Y en aquel lugar se quedó Donald, quien sin duda les haría una recepción de gran gala.

Los otros tres caminaron hacia el hotel.

Pero alguien les cortó el camino. Era una mujer de unos treinta años que salió rápidamente a su encuentro.

Una lucecita de esperanza brillaba en sus ojos.

—¿Van a salvar a Linda? —balbució.

—Si Linda es la hija del alguacil, vamos a eso —dijo Milton.

—Pues tengan cuidado. No están los cuatro en el hotel.

—¿No?

—Con ella sólo ha entrado uno; el mayor de los hermanos Aston. Los otros tres esperan su turno en el saloon. Están bebiendo allí. Tengan cuidado. No vayan a sorprenderles por la espalda.

Milton masculló:

—Entonces, no hay que armar jaleo. Conviene matar sin ruido al que está en el hotel.

Simmons alzó la mano derecha.

—Si se trata de liquidar a un prójimo sin que se entere ni su camiseta, yo soy el especialista. De modo que reclamo el privilegio de ir hacia el hotel.

Los otros asintieron.

—Son cuatro y por tanto nos corresponde uno a cada uno. Liquida a tu hombre, Simmons. Nosotros esperaremos.

Simmons emitió una risita de conejo.

—Voy allá —dijo.

Y entró en el hotel.

No resultaba difícil localizar la habitación donde estaba a punto de ocurrir la tragedia.

Se escuchaban detrás de una de las puertas los gritos ahogados de la muchacha y las maldiciones del forajido que trataba de dominarla.

Simmons entró suavemente.

Él era ante todo un hombre bien educado.

Miró lo que sucedía y abrió su levita, como si quisiera elegir un arma entre el arsenal de puñales y punzones que llevaba colgando.

El mayor de los Aston dio un terrible salto desde la cama.

Simmons nunca había visto a un tipo tan repugnante como aquél. Un reciente balazo le había deshecho media cara, destrozándole los músculos faciales de un lado de ésta. La consecuencia era que el forajido siempre parecía reír. Sus dientes amarillos y largos se mostraban en una muda y casi patética

carcajada.

Aston se había desprendido de su revólver. Comprendió que no llegaría a tiempo hasta él.

Y le bastó ver los ojos de serpiente de Simmons para saber lo que le esperaba.

Lo único que podía intentar era la fuga, y por eso intentó desesperadamente llegar hasta la ventana, que era lo que tenía más cerca.

Simmons le dejó.

Había elegido ya su cuchillo, uno de ancha hoja y pesado mango.

Cuando el miserable saltaba por la ventana, lo lanzó. Alcanzó a Aston en una pierna.

El forajido lanzó un grito de dolor, pero logró saltar a la calle, Simmons fue tras él, mientras elegía un nuevo cuchillo.

Aston renqueaba como un caballo cojo por la calle polvorienta. Era una presa fácil. Simmons lanzó su segunda arma.

Ahora le alcanzó en un hombro.

El mayor de los Aston se volvió, impotente ya para huir, mientras una mueca de terrible dolor contraía su rostro.

El pequeño Simmons estaba quieto frente a él, a unos veinte pasos.

Ahora lanzó uno de sus punzones.

Aston se estremeció, sin fuerzas ni para lanzar un grito de dolor.

La aguda hoja le había llegado hasta el fondo del corazón. Se desplomó de bruces, mientras sus manos arañaban el polvo de la calle.

Simmons avanzó hacia él y le arrancó las armas que aún llevaba clavadas, limpiándolas cuidadosamente en las propias ropas del muerto.

Luego las volvió a guardar.

Regresó junto a sus compañeros, que aguardaban en la calle principal, y murmuró:

—Yo ya he hecho mi trabajo. El hombre que me correspondía está muy mal de salud. En cuanto a la chica, os aseguro que vale la pena. Y ya no corre ningún peligro.

Milton y Chest, que eran los que se hallaban a poca distancia del saloon, rieron quedamente.

Luego avanzaron.

En el silencio mortal de la calle se escuchó el sonido de sus espuelas como una lejana canción que llegara desde el fondo del infierno.

Empujaron los batientes del saloon.

Éste se hallaba del todo vacío, a excepción de la barra, donde había dos hombres.

Un tercero se hallaba un poco más allá, descorchando una botella junto a una mesa.

Fue ese tercero el que se dio cuenta del peligro. Los Aston siempre habían sido unos cobardes, de modo que no resultó extraño lo que aquel tipo hizo. De un tremendo salto se lanzó hacia una de las ventanas, rompiendo cristales y batientes. Unos segundos después había desaparecido.

Chest fue a llevar la mano al revólver, pero Milton le dio un codazo.

—Déjalo. No tiene más remedio que ir a buscar los caballos, y allí le espera Donald. Él también tiene derecho a su ración de muerto.

Los otros dos hermanos estaban quietos en la barra.

Después de la fuga del tercero eran dos contra dos. Nunca aquellos miserables habían aceptado un duelo en tales condiciones. Sus mandíbulas empezaron a temblar. Las manos que se acercaron a los revólveres se veían inseguras.

Milton susurró:

—Nos han dicho que estabais esperándonos, y como somos buenos chicos, hemos venido a haceros compañía.

—¿Quiénes sois?

—Sencillamente, dos vivos que necesitan dos muertos. De modo que podéis empezar a sujetar las culatas, amigos. Nos tocáis uno a cada uno.

La siniestra serenidad con que hablaban los recién llegados terminó de aterrorizar a los Aston.

Se daban cuenta de que estaban ante unos verdaderos asesinos y de que no saldrían vivos de allí.

Dirigieron sus manos a los «Colt», en un desesperado intento de ser más rápidos que sus antagonistas.

No lo consiguieron.

Tanto Milton como Chest habían elegido su hombre. Sonaron dos disparos.

Los dos forajidos se desplomaron, alcanzados en el centro de sus cabezas. Los dos disparos habían sido casi idénticos.

Chest balbució:

—La fiesta ha terminado demasiado pronto. Así no hay quien se entrene.

—Queda el de Donald.

—Vamos a ver su cadáver.

Y se dirigieron a la oficina del alguacil.

Mientras tanto, el último de los Aston había llegado allí. Sus ojos brillaban con febril esperanza. No parecía verle nadie, y los caballos seguían allí, aguardándole.

Fue a desamarrar el suyo.

Y en aquel momento la voz dijo desde el porche:

—Poco a poco, amigo.

Donald estaba allí. No tocaba el revólver. Pero Aston adivinó instintivamente que aquel fulano sería más rápido que él.

Preguntó con un soplo de voz:

—¿Porqué…?

—Esos caballos están cansados. También tienen derecho a que se les deje reposar.

—¿Quién es usted? ¿Qué pretende?

—Te invito a jugar una partida de cartas.

—¿Qué dice…?

—Me has oído perfectamente. Tú y yo vamos a hacer una mano de póquer. Es la única oportunidad que tienes para salvar tu vida. Si ganas, te dejaré libre. Y ahora entra o te mato.

Aston comprendió que no tenía más, remedio que obedecer. Con el revólver y cara a cara, aquel tipo siempre sería más rápido que él. Lo adivinaba. En cambio, con la partida tenía una oportunidad. Notaba que el desconocido no hablaba en broma. Y él no era un mal jugador.

De modo que entró en la oficina.

Miró aprensivamente el cadáver del alguacil, a quien él y sus hermanos habían ahorcado poco antes.

Donald le indicó un asiento frente a la mesa. Él ocupó el del otro lado y puso sobre la superficie su mazo de cartas.

—Juega —dijo—. Y las manos sobre la mesa.

—De… De acuerdo.

Fue Aston quien cortó. Sudaba copiosamente. Donald repartió los naipes.

Aston tenía la boca espantosamente seca.

Descartó dos veces y luego se plantó. No tenía un mal juego. En sus ojillos brilló la esperanza.

Pero Donald era un verdadero tahúr.

No necesitaba marcar las cartas de aquella baraja para conocerlas por el reverso.

Supo inmediatamente cuál era el juego de su contrario.

—Aquí las cosas tienen que estar claras —dijo—, vamos a enseñar lo que tiene cada uno.

Aston descubrió su juego.

Tenía doble pareja.

Donald descubrió el suyo.

Era una escalera real.

Bueno, lo hubiera sido. Había un naipe que no encajaba con los demás. Era un naipe distinto de los que se encuentran en cualquier baraja del mundo.

Aston farfulló:

—¡Eso no es un juego! Aquí hay un naipe que…

Donald dijo con la mayor naturalidad:

—Es cierto. Me había descuidado.

Retiró el naipe que tanto había llamado la atención de su contrario y lo guardó en la manga con un hábil movimiento, mientras del mismo sitio sacaba otra carta. Era justamente la que le faltaba para formar la escalera real.

A Aston nunca le habían hecho una trampa tan descarada.

Gritó:

—¡Esto es una infamia! ¡Yo no sigo jugando si no se quita esa condenada levita!

Donald dijo sombríamente:

—Es que no vamos a seguir jugando, amigo.

—¿Que… que no…?

—Has perdido.

Aston se dio cuenta de que aquello era su sentencia de muerte. O, mejor dicho, su ejecución. La sentencia estaba pronunciada

desde que aquel tipo le puso los ojos encima.

Farfulló sin fuerza:

—Noooo…

Y fue a llevar la mano al revólver.

Pero no llegó a tiempo.

Era Donald el que había elegido el momento del disparo. Tenía ya sujeto el «Colt» y los segundos de ventaja resultaron decisivos.

A través de la mesa, vació todo el cilindro en el cuerpo de su enemigo.

Fueron seis disparos. Y Aston se estremeció seis veces.

Cuando el cuerpo de su enemigo cayó hecho un pingajo a los pies de la mesa, Donald guardó el revólver, después de recargarlo.

Sus facciones estaban impasibles.

Pero el brillo de sus ojos denotaba que le había causado una gran alegría matar a aquel hombre.

Unas figuras aparecieron entonces en el umbral.

Eran Milton, Chest y Simmons.

Miraron el cadáver y no hicieron ningún comentario.

Parecían dar por descontado que el tahúr habría liquidado ya a su enemigo.

Donald lo señaló poniéndose en pie.

—Le día, la oportunidad de jugarse la vida a los naipes —dijo—. Y perdió. Lástima, porque fue por una carta.

Luego señaló hacia la salida.

—Cuando llegamos a la ciudad tenía sed —murmuró—. Y sigo teniéndola.

Fue hacia el saloon. Los otros le siguieron.

Una vez en el local, vieron que él dueño había aparecido tímidamente por un lado de la barra. Llevaba un pañuelo en la mano derecha, no se sabía si porque se estaba sonando o porque enarbolaba bandera blanca. Al ver a los cuatro individuos trató de batirse de nuevo en retirada, pero Milton le hizo una seña.

—No se asuste, amigo. Sólo queremos cerveza.

—Y la pagaremos.

—No se preocupen por…, por ese pequeño detalle. La casa invita…

Y les puso delante cuatro jarras rebosantes de dorado líquido. La cerveza era buena y estaba fresca. Los pistoleros bebieron con

avidez.

Habían terminado cuando alguien entró en el local.

Era una figura no tan alta como ellos y que andaba tristemente, arrastrando los pies. Pero aquella figura estaba llena de curvas. Era una de las chicas más fascinantes que habían visto jamás.

Y tan joven…

Simmons dio un codazo a Milton, que era el que estaba más cerca.

—Es ella.

—¿La hija del alguacil?

—Ujú. Se llama Linda.

Milton avanzó hacia la muchacha, cuyo vestido estaba hecho jirones.

—Lo siento, señorita —musitó—. De verdad siento lo ocurrido. Nosotros cuidaremos de enterrar a su padre.

—¿Aquellos cuatro buitres, han muerto?

—Hum… Yo creo que sí. Cuando les hemos dejado tenían muy mala cara.

—Entonces, ustedes me han salvado la vida.

—No lo tome en cuenta. Lo hemos hecho para distraernos.

Y fue a salir del local.

—Le aconsejo que no venga, Linda —dijo a la muchacha—. Todo esto es terrible para usted. Yo cuidaré de su entierro.

Sus compañeros le imitaron.

Y la muchacha quedó sola en el local, sintiendo que el mundo estaba espantosamente vacío y que todo daba vueltas en torno suyo.

Los cuatro pistoleros avanzaron hacia la oficina del alguacil.

Pero en el camino encontraron a un tipo vestido de negro, y que llevaba una chistera ridícula, parecida a la de Simmons.

El aparecido les miró como miraría una bolsa bien repleta de oro.

—Creo que ustedes han salvado a la hija del alguacil —murmuró.

—Algo así.

—¿Quieren pagar el entierro del padre? Yo soy el empresario de pompas fúnebres. Les haré un precio muy, pero que muy razonable.

—¿Por ejemplo?

—Cincuenta dólares. Y todo de lujo.

Milton le, lanzó a las manos una moneda de oro.

—Está bien, pero hágalo todo enseguida. No quiero que la chica vea nada. A ser posible, que ni se entere siquiera.

—El que no se enterará será el muerto —dijo, riendo, el tipejo.

Y desapareció.

Pero debía ser un tipo activo, porque minutos más tarde le vieron reaparecer, llevando sobre sus espaldas un lujoso ataúd de caoba.

Milton murmuró:

—Bueno, creo que ya nada hay que hacer aquí.

—Cierto, vámonos.

Desamarraron sus caballos y los llevaron a beber a un abrevadero algo apartado. Mientras efectuaban la operación, vieron venir a la chica.

Se había cambiado de vestido.

Pero aún arrastraba los pies por un mundo que parecía estar vacío para ella.

Milton susurró:

—Le conviene beber un trago, Linda.

—Lo que voy a hacer es marcharme de esta ciudad. No puedo aguantar aquí ni un minuto más.

—No es mala idea. Pero una chica no puede viajar sola.

—Pensaba que ustedes me acompañaran. Tengo parientes cerca de la frontera. Los únicos parientes que me quedan.

Los cuatro pistoleros se miraron confusamente.

Ninguno de ellos parecía haber contado con aquella compañía tan especial.

Milton se inclinaba a decir que no, pese a la lástima que le daba la chica. Pero Chest lanzó una carcajada.

—¿Y por qué negarnos? —dijo—. Una chica hermosa siempre es una buena compañía, digo yo. Pero hay que advertirle que con nuestra compañía se juega su linda piel.

La chica hizo un gesto de extrañeza.

—¿Y por qué me juego la piel? ¿Qué clase de hombres son ustedes?

—Unos sucios aventureros —dijo Donald—. Creo que eso se nota. Yo soy un jugador profesional, además de un canalla no menos profesional. Lo mejor es que no venga con nosotros, señorita.

Pero Chest insistió:

—¿Y qué queréis hacer? ¿Dejarla sola?

Al fin fue Milton el que se encogió de hombros.

Linda le daba pena, tenía que reconocerlo. Se hacía cargo de que aquella ciudad, después de lo sucedido, era para ella la peor del mundo.

—Por mi parte puede venir —dijo—. De todos modos, nos limitaremos a dejarla en casa de sus parientes.

—Pero que sepa cuál es nuestro trabajo —dijo el pequeño Simmons—. Que sepa que buscamos a un fulano llamado Jeff Sanders.

—Jeff Sanders… —susurró ella.

No cabía duda de que sabía quién era aquel tipo. Milton murmuró:

—Parece como si le conociera…

—No, no le conozco, pero lo he oído nombrar. Sé que es una verdadera hiena. Además, me han dicho que está por esta comarca.

—Por eso lo buscamos —murmuró Chest.

Linda hizo un gesto de decisión.

—De todos modos, iré con ustedes —dijo—. Si me admiten, claro.

Milton asintió.

—La llevaremos hasta donde nos diga. Búsquese un buen caballo, muchacha. O mejor, elija de los que tenían los hermanos Aston. Son de lo mejorcito que he visto.

Ella eligió uno de los hermosos corceles negros.

Parecían ya dispuestos a partir, pero en ese momento, Chest miró su bolsa de tabaco casi vacía.

—¿Dónde puedo comprar algo de picadura? —murmuró—. Necesito tabaco y fósforos.

Linda le señaló un almacén no muy lejano y donde ya empezaba a entrar y salir gente.

Muertos los hermanos Aston, la ciudad empezaba a recobrar su aspecto normal.

Chest entró en el almacén.

Ni que decir tiene que le atendieron enseguida. Y no le hicieron pagar los géneros que se llevaba.

Momentos después volvía junto a sus compañeros. Lió un

cigarrillo antes de montar y le prendió fuego con los fósforos que acababan de regalarle.

A su lado estaba él pequeño Simmons.

Le miraba fijamente.

—¿Qué pasa? ¿Quieres fumar? —preguntó Chest.

El otro negó.

—No. Hace muchos años que no fumo. ¿Qué? ¿Montamos a caballo?

Chest asintió.

Momentos después todos abandonaban Las Cruces. Pero ahora eran uno más. Ahora iba en su compañía una de las mujeres más hermosas de Texas.

CAPÍTULO VI

Se dirigieron inequívocamente, hacia la frontera de México.

Durante un par de días, nada especial sucedió. Los cuatro hombres seguían buscando rastros y preguntando por el fugitivo a todas las personas con las que se encontraban. De todos modos, no podía decirse que tuvieran suerte. Nadie había visto a Jeff, que parecía ser una sombra. Y si alguien le había visto, no quería decirlo.

Su vida era muy normal.

Comían y dormían a horas fijas, estableciendo por la noche turnos de vigilancia. Claro que tenían el inconveniente de la muchacha, que en cierto modo significaba un estorbo para ellos. Además, había detalles de tipo material en los que la presencia de Linda les molestaba, como a Linda le molestaba la presencia de los pistoleros.

Pero la muchacha tuvo suerte en una cosa: las enormes delicadezas que Donald, el tahúr, tuvo con ella.

Siempre se preocupó de que tuviera agua para lavarse. De que tuviera un sitio solitario cuando necesitaba estar sin testigos. Y de que en la comida le correspondieran las mejores porciones.

Ella se sentía confiada ante aquel hombre de cuarenta años que podía ser, con mucho, el hermano mayor de los otros. Se daba cuenta de que Donald era distinto. Una de las noches, cuando estaban solos, se lo dijo:

—¿Por qué se ha metido usted en esta aventura?

Donald sonrió.

—¿Y por qué no?

—Éste no es su ambiente, Donald. Se nota enseguida. Además, que usted no acaba de entenderse con estos hombres más jóvenes.

—Se equivoca. Nos soportamos perfectamente bien.

—Pero no me ha contestado. ¿Por qué anda metido en esto?

—Será porque necesito dinero.

—Pero usted podría ganarlo de otro modo. Usted es un jugador profesional.

—Lo era.

—Y lo sigue siendo. Nunca se separa de su baraja.

—Es un recuerdo de familia.

—¿Sabe que es un tipo extraño, Donald?

—Se equivoca. Soy un tipo como los demás.

—De todos modos, le estoy muy agradecida. Se preocupa mucho de mí. Usted y Milton son de las mejores personas que he conocido en muchos años.

—No se fíe. Nunca se fíe de nosotros, mujer. Y ahora, vaya a dormir. Se está haciendo tarde.

Linda fue a retirarse. Pero en aquel momento venían Chest y Milton.

Los dos habían terminado de cenar. A Milton le correspondía el primer turno de guardia. Chest le acompañaba.

Lanzó una carcajada al ver a la chica.

—No sé qué pasa, Linda. ¿Pero sabes que estás más bonita cada día?

Y, sin una palabra más, movió su mano derecha.

Con ella dio un sonoro golpe en la parte más carnosa de la espalda de Linda. Ella, sorprendida, lanzó un gritito.

Chest pareció no conformarse con esto.

No retiraba la mano. Diríase que estaba dispuesto a prolongar la violenta caricia.

Pero entonces se encontró con los ojos helados de Donald.

Eran unos ojos distintos, unos ojos de verdadero asesino profesional.

—Un paso atrás, Chest —advirtió el tahúr.

—¿Pero por qué te pones así? Ni que fuera tu hija. Donald palideció.

—Demasiado sabes que no es mi hija, Chest. Yo no tengo ninguna. Y demasiado sabes que el padre de ésta yace muerto en Las Cruces. Pero, aunque yo no conociera a esa muchacha, exigiría que la respetaras. De modo que, si vuelves a ponerle un dedo

encima, Chest, te mataré como a un perro.

A Chest no le gustó aquel lenguaje.

No estaba acostumbrado a que le hablaran así. Otros lo habían hecho antes de Donald, pero yacían quietos en las profundidades de sus tumbas.

Acercó la derecha al revólver y susurró:

—Supongo que estás dispuesto a mantener estas palabras con el «Colt» en la mano.

—Aquí no, Chest. Pero te juro que todo llegará.

—¿Lo han dicho tus cartas?

—Sí. Está escrito en mis cartas.

—Pues pregúntales cuándo vas a morir. O, mejor dicho, no hace falta que se lo preguntes. Porque vas a morir ahora.

Y se distanció un poco más, como si estuviera dispuesto para el desafío.

Pero en ese momento intervino Milton.

Milton también tenía unos ojos de asesino como no los había tenido nunca.

Acercó su mano al «Colt» y susurró:

—Donald tiene razón, Chest. Lo mismo que te ha dicho él, te lo digo yo. De modo que, si quieres juerga, la tendrás. Después de matarle a él, si es que le matas, tendrás que entendértelas conmigo.

Chest vaciló.

Por un momento pareció tener en cuenta la posibilidad de eliminar a dos hombres, uno tras otro.

Pero eso debió parecerle imposible. Y de pronto lanzó una sonora carcajada.

—Bueno, no hay que ponerse así por culpa de una mujer. Mujeres bonitas las hay en todas partes. Le atizas un puntapié a una y te sale otra. No hace falta que estropeemos las cosas por una tontería semejante.

La tensión se relajó.

Linda misma dijo:

—Siento mucho lo que ha ocurrido. En parte, la culpa es mía. Si han de tener problemas por mi causa, más vale que me dejen sola aquí mismo.

Milton arqueó una ceja.

—Depende de lo cerca que estén tus parientes. No hemos

acabado de concretarlo aún. ¿Dónde viven?

—Muy cerca de la frontera, pero un poco más al oeste.

Donald sonrió.

—Lo decían mis cartas —murmuró.

—¿Qué demonios decían tus cartas? Ya empiezo a estar de ellas hasta la joroba —masculló Chest.

—Sencillamente, que iríamos un poco más al oeste. —Tú siempre tuviste interés por ir en esta dirección. ¿Cuál es la razón?

—Porque allí encontraremos a Jeff Sanders.

Chest lanzó otra de sus carcajadas.

—¡Podías haberlo dicho! Nos hubiéramos ahorrado mucho trabajo.

—Lo he dicho desde el primer momento.

Y los dos hombres iban a discutir otra vez, pero Milton cortó aquello extrayendo de uno de sus bolsillos un plano de la comarca.

—Por lo que ha dicho Linda —murmuró—, supongo que se refiere a una población llamada Wood.

—Exacto —dijo la muchacha.

—Pues no está demasiado lejos. Nos dirigiremos hacia allá y podremos alcanzar la ciudad en otros dos días. Además, seguimos bordeando la frontera. De modo que contamos todavía con las máximas posibilidades de alcanzar a Jeff.

Chest se encogió de hombros.

Parecía aceptar el plan.

—Está bien —dijo—. Por mí, mañana mismo podemos tomar esa nueva dirección.

Y el incidente se dio por terminado.

Al menos eso creían.

Pero todos los hombres estamos marcados por un destino fatal e ineluctable. Ese destino nos marca desde el nacimiento a la tumba. Y siempre volvemos, por su causa, a sitios donde jamás hubiésemos deseado volver.

* * *

A la mañana siguiente reemprendieron la marcha.

Todo se desarrollaba normalmente, dentro del especial clima de angustia en que aquellos cuatro hombres se habían desenvuelto desde el primer momento. Seguían vigilantes, tensos, prestos a manejar el revólver en el primer instante. Pero al menos el clima de

pelea de la noche anterior parecía haberse desvanecido por completo.

Milton consultó el plano y llegó a la conclusión de que estaban sobre el buen camino.

Aquella noche tendrían que dormir al raso, pero alcanzarían Wood veinticuatro horas más tarde. Entonces habría llegado el momento de dejar a la muchacha.

Y él lo lamentaba.

No sabía por qué, pero la proximidad del momento en que habrían de dejarla se le aparecía como una pesadilla.

Y aquella noche se lo dijo a Linda, mientras ambos tomaban café, un poco apartados de la fogata que habían encendido para preparar la cena.

—Siento que esto termine, Linda.

—¿Por qué?

—Debe ser porque ya me he acostumbrado a ti.

—Eso es imposible. Hace muy poco tiempo que cabalgamos juntos.

—Sí, pero hay personas con las que te sientes identificado desde el primer momento. Existen hombres y mujeres con los que vives diez años y de pronto te das cuenta de que en ese tiempo no les has hablado más allá de una docena de veces. En cambio, otras es distinto. Las encuentras, las miras y algo te dice que no las olvidarás nunca más. Contigo me ha ocurrido algo semejante. Me doy cuenta de que cuando te dejemos en Wood habrá terminado toda una etapa de mi vida. Comprendo que es una tontería, pero no puedo evitar que las cosas ocurran así.

Ella dijo tristemente:

—No, no es una tontería, Milton.

—¿También tú piensas lo mismo?

—Me ha ocurrido algo parecido a lo que te ha ocurrido a ti. Al ver a Donald he comprendido que podía confiar en él. Al verte a ti he comprendido que no te olvidaré nunca. Son dos cosas muy distintas, Milton. Pero no puedo evitar el sentirme triste, infinitamente triste.

Milton susurró:

—¿Crees que estarás bien en Wood?

—Sí, creo que sí. Son parientes algo lejanos, pero junto a ellos

podré emprender una nueva vida. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque si no hubieras de estar allí, podías seguir con nosotros.

—Dios sabe a dónde iréis a parar.

—Sí, sólo Dios lo sabe —afirmó sombríamente Milton—. Y lo peor es que quizá el diablo lo sepa también. No sé por qué he dicho esa tontería de que continuaras con nosotros. Será por las ganas de no dejar de verte. Olvídalo.

Y se dispuso a preparar la manta para pasar aquella noche. Pero antes hizo algo que sorprendió a Linda y que provocó un leve estremecimiento en su cuerpo.

Milton tomó la mano de la muchacha y la besó dos veces.

Luego la retiró suavemente de sus labios.

—Mereces tener suerte; Linda. Ojalá que la vida te de algo más de lo que nos ha dado a nosotros.

Y se retiró.

Linda le miraba, sorprendida.

Las llamas de la hoguera arrancaban reflejos desconocidos de sus ojos.

Era como volver a nacer. Era como si en el fondo de sí misma hubiera surgido otra mujer desconocida y nueva.

Atrás quedaba la soledad, la tristeza, la muerte. Atrás quedaba lo que había sido hasta entonces su vida sin sentido. Ahora estaba en peores condiciones materiales, sin embargo, nunca se había sentido tan feliz. Era una felicidad diminuta. Quizá sin sentido, pero existía.

Fue a cobijarse también bajo su manta.

Y en aquel momento apareció Chest.

Llevaba un rifle bajo el brazo y sonreía como era habitual en él.

—Me ha vuelto a tocar el primer turno de guardia —refunfuñó —. Nunca me puedo ir a dormir a la misma hora que los otros.

—Pues tienes suerte —dijo Milton—. Los peores son el segundo y el tercero. Te cortan el sueño y cuando terminas ya no puedes volver a dormir.

Chest se encogió de hombros.

—Todo lo que tú quieras, pero yo echaría una cabezadita ahora.

—¿Quieres cambiar?

—No, no hace falta. Si me ha correspondido el primer turno, lo haré.

Y fue a alejarse, pero en ese momento todo su cuerpo se envaró.

Se oía un rumor todavía lejano, pero que se acercaba rápidamente.

Eran caballos. Al menos cinco.

Chest fue a levantar el rifle.

Pero Milton le detuvo con un rápido gesto.

—No hagas tonterías… Ellos te ven porque estás junto a la hoguera, y en cambio tú no puedes verlos. Si te ven levantar el arma, te acribillarán.

—¡Pero según quienes sean, nos acribillarán de todos modos!

—Si quisieran hacer eso, habrían disparado ya. Somos un blanco fácil. De modo que no sueltes el rifle, pero aguarda.

Chest se resignó.

No tenía que esperar demasiado, porque los jinetes yo estaban materialmente encima.

Aparecieron de repente, rodeando la hoguera.

Eran cinco e iban armados con rifles. Les estaban apuntando.

Pero Milton suspiró aliviado, porque se dio cuenta de que no corrían ningún peligro, al menos por el momento.

Acababa de reconocer los uniformes de los rurales de Texas.

Aquéllos temibles individuos eran de los que ahorcan primero y preguntan después. Pero a ellos no tenían ningún motivo para hacerles daño. Sin duda vigilaban aquel sector de la frontera.

El pequeño grupo iba al mando de un capitán, quien preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

Milton, que se había puesto en pie, dio una explicación.

—Estamos buscando a Jeff Sanders. Nos ha comisionado el *sheriff* de Dallas.

El capitán les miró extrañado. Pero uno de sus hombres afirmó con la cabeza.

—¿No lo recuerda, capitán? Nos lo explicaron hace un par de días. Aquellos cuatro tipos a los que habían entregado mil dólares.

—Ah, sí… Lo había olvidado. De modo que también buscan a Jeff. ¿Y qué? ¿Ha habido suerte hasta ahora?

Chest negó.

—Ninguna suerte. Parece como si a ese tipo se lo hubiera tragado la tierra.

—Igual nos ocurre a nosotros —reconoció el capitán—. Estamos

cribándolo todo y ese hijo de zorra no aparece por ninguna parte. De todos modos, no pasará la frontera.

—¿Tan seguros están?

—Podemos estarlo. En este sector hay un rural detrás de cada piedra. En cuanto distingamos a un tipo que se parezca a Jeff Sanders, la orden es de tirar a matar. Ya saben lo que pensamos los rurales: más vale que mueran diez inocentes antes de que escape un solo culpable.

—Y así han ganado fama —susurró Milton—. ¡Menuda fama! Han matado más gente en Texas que el general Custer en todas las guerras indias. No quisiera que me confundiesen con Jeff.

Chest murmuró:

—A lo mejor ha pasado la frontera ya.

—Creemos que no. Nuestros servicios de información al otro lado nos lo hubieran dicho.

—Pero ustedes no pueden cruzar la divisoria, ¿verdad?

El capitán negó.

—No; nosotros no podemos.

Chest siguió preguntando:

—Pero supongo que nosotros sí. Somos un grupo de particulares. Nadie nos puede impedir que lleguemos a México.

—¿Y para qué quieren llegar allí?

—Hombre… Ustedes están muy seguros, pero yo no tanto. Quizá Jeff ha pasado ya la frontera, y en ese caso soy partidario de perseguirle, aunque sea hasta Guatemala. Yo no pierdo veinte mil dólares tan fácilmente.

El capitán asintió:

—Todo es posible. No niego que ese maldito puede estar en México ya, aunque no lo creo. De todos modos, ustedes pasen cuando quieran. Daré orden a mis hombres para que no les molesten. Y ojalá les acompañe la suerte.

—Gracias, capitán —intervino Milton—, pero no vamos a México todavía. Antes nos dirigimos a una ciudad llamada Wood.

—Llegarán allí mañana.

—Eso esperamos.

—En ese caso, pueden seguir tranquilos. Si deciden cruzar la frontera háganlo sin temor. Mis hombres estarán avisados.

Chest sonrió de nuevo.

—Gracias, capitán.

Los rurales saludaron.

Y un momento después habían vuelto grupas, perdiéndose en las sombras de la noche.

Iban hacia el sur, hacia la frontera.

Milton y Chest estaban callados junto a la hoguera. Donald y Simmons, que se encontraban al otro lado de ésta, se pusieron en pie. Simmons se secó unas gotitas de sudor que habían perlado su frente.

—¡Uf! ¡Qué rato he pasado! —murmuró.

—¿Por qué?

—No me gustan los rurales. Hemos tenido suerte, pero por un momento he temido que nos balearan sin preguntar. Lo han hecho otras veces. Y sobre todo en épocas como ésta, cuando están irritados vigilando la frontera para que un hombre no se les escape.

Chest cabeceó.

—De todos modos, no hay por qué quejarse. Nos han dejado el paso franco hacia México.

—¿Tú crees que tendremos que cruzar la frontera?

—Yo opino que sí —murmuró Chest—. El hecho de que este tipo no aparezca por ninguna parte me hace pensar que ya está en México. De modo que soy partidario de cruzar la frontera una vez que dejemos a la chica en Wood.

Nadie se opuso.

Por el contrario, Milton y Simmons cabecearon afirmativamente. El único que no dijo nada fue Donald. El tahúr se limitó a sacar su mazo de cartas, las miró misteriosamente y luego las volvió a guardar.

Sin decir una palabra, se envolvió otra vez en su manta.

Chest murmuró:

—Bueno, más valdrá que descanséis todos. Yo voy a hacer mi turno de guardia.

Y desapareció.

Los demás se dispusieron a dormir, a aprovechar las horas, tratando de reparar la fatiga inmensa que en ellos se había ido acumulando durante el día.

Pensaban que aquélla iba a ser una noche plácida.

Que ya no tendrían nuevos tropiezos.

Pero se equivocaban.

Aquella noche iba a ser una de las más agitadas desde que comenzaron su aventura. Y, en cierto modo, una de las más inexplicables.

CAPÍTULO VII

Todo comenzó con aquella claridad anaranjada en el horizonte.

Fue Milton el primero en advertirla.

Su sexto sentido le hizo despertarse. Al igual que los animales de la pradera, sus sentidos, incluso durmiendo, captaban cualquier novedad, por lejana que fuese. Y aquel resplandor anaranjado hirió sus ojos como un fogonazo.

Se incorporó y miró hacia el horizonte.

Aquello estaba claro.

Zarandeó a sus otros dos compañeros, despertándolos.

—¡Eh, Donald! ¡Eh, Simmons!

Los llamados se despertaron con cara de sueño.

—¿Qué pasa?

—¿Los rurales otra vez?

—No… ¡Mirad!

Los dos miraron en la dirección que les señalaba Milton.

—¡Es un incendio!

—Y de los grandes. Lo menos se está quemando un rancho entero.

Simmons bostezó.

—¿Y a nosotros qué nos importa?

—No eres lo que se dice muy caritativo, Simmons.

—Ya os dije desde un principio que sólo era un asesino profesional. Y hasta ahora nunca he visto a un asesino haciendo de bombero.

Milton lo zarandeó.

—De todos modos, hemos de averiguar lo que ocurre. Esto podría ser obra de Jeff Sanders. Cualquier pista es importante.

En aquel momento, vieron que alguien llegaba.

Era Chest.

Parecía muy agitado.

—¿Habéis visto?

—Sí, es un gran incendio. ¿Cuándo te has dado cuenta tú?

—Hace al menos cinco minutos que lo veo, pero estaba lejos de aquí. ¿Qué pensáis hacer? ¿Ir a ver qué ocurre, o seguir durmiendo?

Simmons masculló:

—Yo insisto en que no nos importa.

Pero Donald y Milton fueron de otra opinión.

—Debemos ir. No sólo puede haber alguien que necesite ayuda, sino que tal vez ahí haya alguna pista.

Chest se encogió de hombros.

—Por mí haced lo que os de la gana. Yo ya os he avisado. ¿De modo que vamos?

—Sí.

No hubo más palabras.

Los cuatro montaron en sus caballos y se dirigieron hacia el punto donde el fulgor anaranjado adquiría más relieve cada vez.

No tardaron en distinguir lo que ardía.

No era propiamente un rancho, aunque sin duda lo había sido en otro tiempo. Ahora las tierras estaban secas y abandonadas. En la casa que estaba ardiendo no parecía haber vivido nadie en mucho tiempo. Sin embargo, se advertían huellas de caballos en las cercanías. No era sólo eso. Cuatro corceles enloquecidos daban vueltas en torno al fuego, sin decidirse a alejarse de allí.

Milton masculló:

—Eso indica que al menos hay aquí cuatro personas. Pero es extraño, porque todo parece abandonado.

Se acercaron cuanto pudieron.

No fue demasiado, porque el viejo edificio de madera reseca ardía como una tea.

El calor a cierta distancia era ya insoportable. Tampoco tenían la menor posibilidad de apagar aquel incendio. De modo que decidieron resignarse y aguardar a que se apagara por sí solo. De todos modos, no se veía a ningún ser vivo por allí.

La gigantesca hoguera no tardó demasiado en extinguirse.

La madera seca fue consumida rápidamente por las llamas. Y éstas no tardaron en ser sustituidas por unas débiles pavesas que

permitían el paso de un hombre.

Fue Milton el primero que se arriesgó.

Golpeó con las botas las pavesas para irlas apagando y así trazar un camino que le llevaba hasta el centro del edificio ya derrumbado.

No tardó en llegar.

Y de pronto se detuvo mientras lanzaba una exclamación de sorpresa.

Chest, que iba detrás, masculló.

—¿Qué pasa?

—¡Aquí hay unos cadáveres!

—¿Pero qué dices?

—Sí, miradlos vosotros mismos…

Todos, tras pisotear las pavesas, se congregaron en el lugar que señalaba Milton.

En efecto, había unos cadáveres allí. Cuatro exactamente.

Correspondían a los cuatro caballos a los que habían visto girar enloquecidos en torno al fuego.

Simmons hizo un gesto de desagrado.

—¡Infiernos, qué muerte!

—Debían estar rodeados ya por las llamas cuando han despertado. Mirad. Aún hay algún resto de sus mantas. Seguro que dormían. Pero el edificio de madera vieja ha ardido como una tea y no les ha dejado ni moverse.

Miraron los cuerpos.

Habían ardido de tal modo que podía decirse que no quedaba más que sus esqueletos.

Simmons murmuró:

—Yo diría que eran unos viajeros que se han refugiado aquí para dormir. Alguno de ellos ha lanzado una colilla sin darse cuenta. Y ya veis. Menudo desastre…

Chest se encogió de hombros.

—Bueno, el caso es que nada más podemos hacer por ellos. Mejor dicho, si queréis los enterramos.

—Hum… Se desharán si les ponemos la mano encima.

—Tienes razón. Lo mejor será que los dejemos así.

Y todos salieron del recinto incendiado.

Verdaderamente en nada podían auxiliar ya a las cuatro

víctimas.

Milton murmuró:

—Linda ha quedado sola en el campamento. Debemos volver allí.

—De acuerdo.

Y todos montaron en sus caballos para regresar.

Iban a picar espuelas cuando Simmons pareció pensarlo mejor.

Saltó de su corcel y se dirigió a los caballos de los muertos, que aún merodeaban por allí, pero mucho más tranquilos.

Chest le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Se me ha ocurrido que los cadáveres están irreconocibles. Pero sus caballos pueden darnos alguna pista.

—¿Vas a registrarlos?

—Sólo las sillas.

Y fue hacia los corceles, uno a uno, tranquilizándoles con palmadas en el cuello para que se estuvieran quietos.

Registró las sillas y luego gritó:

—No hay nada de interés. Lo único que llevaban esos tipos eran provisiones para varios días. Y más munición que si hubieran pensado empezar otra vez la batalla de Gettysburg.

Milton preguntó:

—¿Tienen iniciales las sillas?

—No. Son sillas normales, de las que uno puede encontrar en cualquier almacén.

—Pues vamos a hacer una cosa; te ayudaré a quitarlas. Más valdrá que esos caballos recobren la libertad.

—No hace falta —dijo Simmons—. Ya puedo hacerlo solo.

Y demostró que, efectivamente, no necesitaba ayuda. Desensilló los caballos hábilmente y los dejó libres.

Luego se dispuso a volver hacia su propio caballo.

Pero entonces, se detuvo y se inclinó hacia el suelo.

Algo parecía haber merecido su interés.

Estuvo un rato inclinado, muy quieto, mirando aquello —lo que fuera—, con extraordinaria fijeza.

Chest preguntó:

—¿Qué te pasa?

Y Donald:

—Ni que hubieras encontrado una mina de oro…

—No os preocupéis. No es nada.

Y volvió junto a su caballo, montando de un salto. Pese a su pequeña estatura, demostraba una agilidad que le permitía montar los más altos corceles con la rapidez de un hombre normal.

Pero tenía las facciones crispadas, casi contraídas.

Y no dijo ya una sola palabra hasta que volvieron al improvisado campamento.

CAPÍTULO VIII

Wood.

Allí estaba, ante sus ojos, la pequeña ciudad hacia la que se habían dirigido durante dos días. Era como las otras. Todas, en aquella parte de Texas, se parecían como gotas de agua. La miraron a cierta distancia, mientras cerraban ya las sombras de la noche.

También tenía el color —en lo que podía distinguirse—, del polvo de la llanura. Y había muy pocas luces, lo cual indicaba que se trataba de una ciudad aburrida, sin ninguna vida nocturna.

Milton murmuró:

—¿Qué hacen tus parientes ahí?

Miraba a Linda, que a su vez contemplaba la desconocida ciudad con los ojos entornados.

—Son pequeños rancheros.

—Entonces, quizá no viven en la misma ciudad.

—No, pero están muy cerca. Apenas cinco millas.

—Entonces, será mejor que los busquemos mañana, a la luz del día. Esta noche dormiremos en un hotel.

La idea fue aceptada por todos.

Picaron espuelas y penetraron poco a poco en Wood. Está, como les, había parecido a distancia, era una ciudad más quieta y aburrida que las anteriores que habían encontrado en su camino. Apenas había unas cuantas luces aquí y allá. El único saloon se confundía con la empresa local de pompas fúnebres. Y el hotel estaba también tan oscuro que uno lo confundía con la entrada del cementerio.

Chest murmuró:

—Vaya lugarejo…

—Sí, pero no tenemos más remedio que quedarnos esta noche

aquí.

—Demonios, y sin ninguna pista de Jeff Sanders… ¿A qué distancia está la frontera?

—A quince millas escasas —informó Milton, que de vez en cuando había seguido consultando el plano de la comarca.

—Hum… Más vale que pensemos en buscar en México de una vez. Hasta ahora no hemos hecho más que perder el tiempo.

Nadie se lo discutió.

Descabalgaron ante el hotel y un mexicano muy servicial salió para llevarse los caballos hacia la cuadra.

El vestíbulo estaba apenas alumbrado por un farol mortuorio.

—¿Pero qué pasa aquí? —murmuró Milton—. ¿Se han muerto todos los clientes y están rezando por sus almas?

El encargado le tendió el libro-registro.

—Aquí no se muere nadie. Al contrario, éste es un lugar muy saludable y tranquilo. A las diez, todo el mundo en cama.

—Ya se ve, ya…

—Te equivocas. Aquí no se ve nada —refunfuñó Chest.

—¿Cuántas habitaciones quieren?

—Todos nosotros tenemos por costumbre dormir separados —dijo Milton.

—Muy bien, entonces cinco habitaciones. Les instalaré en dos pisos separados, si no les importa.

—Claro que no.

Distribuyó en el primero a Simmons y a Linda. Y en el principal a Chest, Donald y Milton.

Las habitaciones eran confortables, pero los pasillos estaban tan oscuros como bocas de lobo. Sólo unos sordos ronquidos aquí y allá, detrás de las puertas cortaban la quietud de la noche. Los cinco viajeros, que estaban cansados, se metieron enseguida en sus camas.

El único que no lo hizo fue Simmons.

Simmons se sentía intranquilo.

Consultó su reloj y vio que era más de medianoche.

No se desvistió para tumbarse en la cama. Ni siquiera se quitó las botas. Todo en él estaba alerta, pendiente de un peligro desconocido. ¿O quizá de un peligro ya muy bien conocido? El enano no hubiera sabido qué decir. En su cerebro bullía un mar de contradictorios pensamientos.

Al fin el cansancio le fue venciendo.
Quizá no ocurriría nada. Quizá estaba equivocado.
Redujo al mínimo la luz de su quinqué, bajando la mecha. La habitación se pobló de sombras.
Y luego Simmons cerró los ojos.
Pero todos sus sentidos estaban alerta.
Fue eso lo que le advirtió, casi una hora después. Fue su tensión lo que le hizo percibir aquel levísimo chasquido.
Se medio, incorporó en la cama.
Tenía la sensación de que la puerta de su habitación se había abierto y había vuelto a cerrarse.
Por fortuna para él, no se había quitado su levita.
De modo que eligió un buen cuchillo entre el arsenal que llevaba colgado allí. Y se dispuso a encontrar para la hoja de acero un buen estuche de carne.
Si alguien estaba allí, peor para él.
Simmons resultaba invencible entre las sombras. Al igual que los gatos, veía en la oscuridad.
Se dejó caer a un lado de la cama, con el cuchillo bien sujeto, mientras escrutaba las tinieblas.
Pero no vio nada aún.
El silencio era absoluto, mortal.
La habitación estaba cargada de sombras.
Simmons se movió sin levantar ni el más mínimo rumor.
Sostenía el cuchillo con la derecha y tapaba la hoja con la izquierda, para que no brillara.
De pronto estuvo a punto de lanzar una risita.
Bueno, ya estaba.
Lo tenía frente a él.
Veía la camisa un poco más clara, entre las sombras. Su enemigo estaba agazapado.
Simmons estuvo a punto de lanzar una risita.
Nunca había tenido un golpe tan fácil. Se dispuso a lanzar el cuchillo seguro de que no fallaría.
Y lo lanzó.
La hoja de acero rasgó las sombras y fue a clavarse en aquella camisa de color claro que había visto agazapada frente a él. Pero el sonido le indicó que acababa de caer en una trampa. Simplemente,

la camisa estaba colocada sobre el respaldo de una de las sillas de la habitación, dando la sensación entre la oscuridad de un hombre agazapado. El que había entrado allí debió llevarla oculta, colocándola luego para llamar la atención de Simmons.

Éste se dio cuenta de que estaba perdido.

Su enemigo debía vestir de negro y debía encontrarse ya a su espalda. Se volvió con la rapidez de una peonza.

Pero ya no tuvo tiempo de nada.

La sombra que estaba tras él se movió con una rapidez diabólica. El largo puñal se hundió hasta las cachas en el pecho del enano.

Éste no pudo ni gritar.

Cayó de espaldas, mientras su asesino se levantaba silenciosamente.

Apenas unos segundos después, la sombra salió al pasillo.

Parecía como si nada hubiera ocurrido en la habitación.

Todo era silencio.

CAPÍTULO IX

Fue a la mañana siguiente cuando el grupo empezó a notar la falta del pequeño Simmons. El experto en cuchillos había sido siempre uno de los más puntuales, de forma que Chest hizo un gesto de extrañeza al ver su caballo todavía por ensillar, cuando los demás ya estaban listos.

—¿Pero qué le pasará al pequeñajo?

Milton hizo un gesto de extrañeza también.

—No lo entiendo. Simmons era siempre el primero en preparar su caballo. Debe haberse sentido mal.

Y se dirigió desde la cuadra a la puerta del hotel, para averiguar qué había ocurrido.

Chest fue tras él.

—Te acompaño.

Los dos se dirigieron a la habitación de Simmons y la abrieron de golpe. Sus ojos se dilataron a causa de la sorpresa. El cadáver del enano yacía entre un charco de sangre, con un puñal clavado en el pecho.

Milton masculló:

—¡Imposible!

—Sí que es realmente extraño —susurró Chest—. Simmons era un especialista en cuchillos. Veo que le han dado su propia medicina.

—¿Pero por qué?

—¿Y quién sabe? ¿Qué sabemos nosotros de la vida anterior de Simmons? Seguro que estaba cargado de enemigos, y alguno de ellos le habrá dado el pasaporte. No te preocupes más por él. Lo único que queda por hacer es enterrarlo.

Los dos hombres levantaron el cadáver y lo sacaron de la

habitación.

Linda salía en este momento al pasillo y lanzó una exclamación de horror al ver el espectáculo.

—¡Dios santo! ¿Pero qué es esto?

—Alguien ha despachado a Simmons —dijo Milton—. Pero no te preocupes por eso. Ya te advertí que con nosotros viajaba la muerte.

—Es horrible… ¿Y no tenéis ninguna pista?

—Ninguna. Pero hay que suponer que un tipo como Simmons debía estar cargado de enemigos. Chest tiene razón. Cualquiera de ellos le ha visto y le ha ajustado las cuentas… a traición, naturalmente.

Llevaron el cadáver a la empresa de pompas fúnebres de la población. Por el camino encontraron a Donald, quien venía de comprar unas provisiones.

Donald lo miró todo y no hizo ningún comentario.

Sólo sus ojos se entrecerraron un momento y luego sacó unos cuantos dólares de uno de los bolsillos de su levita.

—Supongo que el entierro lo pagaremos entre todos —dijo—. Ésta es mi parte.

Chest le miró con asombro.

—Chico, te lo has tomado con una frescura que lo deja a uno helado…

Toda la respuesta de Donald consistió en encogerse de hombros.

—Sólo os diré que no me extraña en absoluto lo ocurrido. Buenos días.

Y se alejó hacia el hotel, dispuesto a dejar las provisiones en las sillas de los caballos.

Los otros dos le miraron con extrañeza.

Pero ese sentimiento no duró demasiado. Eran hombres acostumbrados a lo práctico y poco dados a dejarse llevar por los sentimientos. De modo que se limitaron a llevar a Simmons a la funeraria, donde lo dejaron depositado, tras abonar los gastos del entierro.

Luego salieron de la ciudad.

—Ya no eran cuatro, sino tres. La muchacha no contaba.

Un silencio pesado les envolvía. Un nubarrón cargado de presagios flotaba sobre sus cabezas.

No era para menos.

Todos sentían en sus bocas la misma sensación de muerte.

Tomaron la dirección que la muchacha indicaba, hasta llegar a la vista de unos humildes ranchos que lindaban con la frontera de México. Las tierras eran secas y pobres, pero a pesar de eso, los ranchos no tenían mal aspecto.

Linda lo señalo.

—En aquel de la izquierda viven mis parientes. Si queréis descansar un rato o comer algo, seguro que os recibirán bien.

Chest farfulló:

—¿Descansar? Hace muy poco que hemos salido de Wood. En cuanto a comer algo, el cadáver de Simmons me ha quitado el apetito.

La chica hizo un gesto afirmativo, indicando que lo comprendía.

—Me hago cargo. Pero sabed que viviré aquí. Cualquier cosa que pueda haceros falta, la encontrareis en esta casa.

Y tendió la mano por turno a los tres hombres. Primero a Donald, que era el mayor.

Éste se la tendió de una manera extraña.

Sin mirarla y con una expresión de tristeza en los ojos.

No dijo una palabra.

Luego se la tendió a Chest.

Éste dirigió a Linda una de sus sonrisas cínicas.

—Tú y yo podríamos habernos divertido mucho, muñeca. Le hubiera enseñado tres o cuatro trucos de los que yo sé. Pero estos imbéciles no nos han dejado.

Linda dijo con un soplo de voz:

—Usted no cambiará nunca, Chest. Toda su vida será un cínico.

El pistolero rió.

—¿Y qué? El cinismo les gusta a las mujeres.

—A algunas mujeres, Chest. A la mayoría, no. De todas maneras, le deseo mucha suerte. Me temo que algún día lo encontraré colgando de una cuerda.

—Pues sí que me da ánimos…

Linda no contestó.

Tendió la mano a Milton, que la miraba fijamente.

—Mucha suerte, Milton. Y permíteme que te diga una cosa. Deberías dejar este cochino oficio. No eres hombre para eso. No eres hombre para ganarte la vida matando.

Milton le dirigió una sonrisa cuadrada.

Y entonces Linda se dio cuenta de que estaba equivocada. De que Milton sí que había nacido para ganarse la vida matando.

Pero, de todos modos, susurró:

—Siempre te recordaré con agrado.

—Y yo a ti, Linda.

—Espero que encuentres la mujer que mereces.

—Tengo la sensación de que la he encontrado ya, Linda. Pero antes necesito encontrar a Jeff Sanders.

Ella se sonrojó.

—¿Es que tú no cambiarás nunca, Milton?

—Cada uno tiene su oficio, muñeca.

Y volvió a apretar con fuerza la mano de la muchacha.

Ésta hizo girar su caballo lentamente.

Picó espuelas y poco después se perdía en la lejanía. Los tres hombres la vieron marchar en silencio.

No se movieron de allí hasta que la muchacha penetró en uno de los ranchos.

No podía decirse que no la hubieran protegido hasta el final.

Al fin se miraron unos a otros.

—Tenemos ahí mismo la frontera de México —murmuró Chest —. ¿Por qué no la atravesamos de una vez?

—¿De verdad crees que Jeff está al otro lado? —pregunto Donald.

—Yo pienso que sí.

Donald mostró su mazo de cartas.

—Pues yo creo que no.

—No me vengas otra vez con tus naipes envenenados, jugador de pacotilla —y Chest, al hablar, rechinó los dientes—. Ese mazo de cartas no te dice absolutamente nada. Y ya empiezo a estar harto de que bromees con nosotros. Quítalos de una vez o lánzalos a un estercolero. Ya empiezo a estar harto de verlos siempre en tu bolsillo.

Donald sonrió de una forma extraña.

—¿Qué? ¿Ya te estás poniendo nervioso?

—¡Ni nervioso ni nada! Lo que ocurre es que ya estoy hasta la coronilla de esas cartas.

—No te preocupes, no las verás mucho tiempo ya.

—¿Vas a tirarlas?

—Yo sé lo que me digo.

Chest no parecía dispuesto a aguantar tantos misterios.

Llevó la derecha al revólver mientras gritaba:

—¡Ya estoy hasta la mismísima joroba! ¡O me aclaras eso o…!

Milton se dio cuenta de que la tensión entre los dos hombres había llegado al punto explosivo. Se interpuso materialmente entre ellos, para evitar que dispararan, y dijo con voz tranquila:

—Más vale que dejéis las broncas para después, muchachos. Si queremos capturar a Jeff Sanders, necesitamos hacerlo sin tener la piel agujereada por las balas. De modo que, andando.

Chest le miró con ironía.

—¿Ir? ¿Adónde?

—Un poco más hacia el oeste —dijo Donald.

—¡También son ganas de fastidiar! Tenemos la frontera de México ahí mismo. Seguro que Jeff la ha pasado. ¿Y tenemos que ir más hacia el oeste?

Donald insistió:

—Yo sólo os he de decir una cosa.

—¡Pues dila de una maldita vez!

—Vamos al sitio que os indico. Seguro que allí encontraremos a Jeff.

Hablaba con tal aplomo que los otros dos se miraron perplejos.

Milton susurró:

—Lo tenías muy callado, Donald. Nadie sabía que tú conocieras el lugar donde íbamos a encontrar a Jeff.

—No tiene ningún mérito. Me lo han dicho las cartas. Chest fue a protestar de nuevo, pero Milton alzó una mano.

—¿A cuántas millas está el sitio que tú dices, Donald? —Apenas quince.

—Pues, entonces, vale la pena probar. Llegaremos allí a media tarde. Y Donald habla con tanta seguridad que yo mismo empiezo a estar convencido.

—¿Pero tú has creído a ese imbécil? —masculló Chest.

—Ni creo, ni dejo de creer. Pero con probar no se pierde nada.

Y él mismo dio ejemplo dirigiéndose hacia el oeste.

Les otros dos le siguieron.

En realidad, no sabían adónde iban.

Sólo Donald lo sabía.
Pero callaba.

La comarca que tuvieron que recorrer era una de las más tristes del sur de Texas. Sin embargo, no podía decirse que le faltaban condiciones para ser una tierra rica. Allí donde los labradores habían abierto pozos, el agua brotaba y las cosechas crecían. Pero todo aquello estaba muy abandonado. No se veían apenas casas ni signos de vida. La gente prefería trabajar en los grandes pastizales situados más al norte, donde el ganado crecía y donde podían hacerse fortunas rápidas.

Daba la sensación de que en mucho tiempo no había pasado por allí un ser humano.

Chest masculló:

—¿Y por este sitio nos traes? ¿Qué crees que vamos a encontrar aquí? ¿Un nido de escorpiones?

Donald no contestó.

Parecía tan seguro de sí mismo como antes.

Milton, que se había quedado detrás, adelantó un poco su caballo.

—Empiezo a creer que Chest tiene razón, Donald… —dijo—. Por aquí no creo que haya pasado nadie en mucho tiempo. Y me parece absurdo que un tipo como Jeff se haya refugiado en esta zona.

—¿Por qué te parece absurdo?

—Porque Jeff es de otra clase de tipo. O mucho me equivoco o habrá preferido ocultarse entre la gente, confundiéndose en las grandes ciudades. No acabo de imaginarlo entre esta tierra seca, esperando no se sabe qué.

Donald tampoco contestó.

Parecía dominado por una idea fija.

Y últimamente sus facciones habían experimentado un cambio extraño.

Se habían ido haciendo más duras, más herméticas. Tenía los labios plegados en una mueca indefinible. A veces sus ojos parecían brillar con un fulgor satánico, pero ninguno, de sus dos compañeros podían estar seguros de que eso fuera cierto. En realidad, no estaban seguros de nada. Sólo de que pisaban una tierra cada vez más seca y más desierta.

De pronto el panorama cambió.

Fue cuando el sol empezaba ya a declinar, tiñéndolo de colores dorados. Se dieron entonces cuenta de que sus caballos acababan de entrar en una zona que fue rica apenas un año antes. Se distinguían los pozos y los surcos para el agua. También había apartaderos para el ganado. Algunos árboles daban una grata sensación de frescor a la tarde reseca.

Milton se pasó una mano por la frente.

—Vaya… —dijo—. Esto es otra cosa.

Chest no hizo ningún comentario.

Sus facciones también se habían ido contrayendo y adquirían ahora una dureza extraña.

En cuanto a Donald, seguía teniendo en los ojos un fulgor diabólico.

Pero Milton, que no lo notaba, se adelantó un poco para decir:

—Hace un año ésta debía ser una tierra rica, ¿por qué la habrán abandonado? Veo que lo más difícil ya estaba hecho. Había agua, debía haber reses… ¿Qué infiernos le pasaría al dueño para dejar todo esto?

Y se volvió hacia Donald.

—¿Tú lo conocías?

—Claro que sí.

—¿Qué clase de tipo era?

—Un tipo atormentado.

—¿Y por qué se fue?

—Razones particulares.

—¿Sabes que estás muy extraño, Donald? Adivino que no encontraremos a Jeff aquí. ¿Por qué nos has traído?

—Espera.

Y siguieron avanzando.

Su marcha duró media hora más.

El sol ya estaba bastante bajo y alargaba las sombras, pero se veía perfectamente. Incluso la luz parecía más penetrante que a las doce del mediodía.

Llegaron entonces al sitio que parecía buscar Donald. Era una casa.

Tiempo atrás debió ser confortable y estar pintada de un inmaculado color blanco, pero ahora se había ido volviendo gris. Las puertas de las ventanas, batidas por el viento, habían empezado

a desencajarse. Todo daba una sensación de tristeza y de abandono que helaba la sangre.

Delante de la casa se extendía un amplio círculo limitado por una baranda de piedra. Aquello podía parecer una plaza de toros en pequeño, a causa de su proximidad con la frontera mexicana, pero no lo era. Se trataba simplemente de un espacio preparado para la doma de caballos pura sangre.

Los tres hombres se detuvieron.

Pasearon sus miradas por aquel paraje abandonado, donde al menos en un año parecía no haberse detenido ningún hombre.

Milton murmuró:

—¿Y de veras crees que Jeff está aquí, Donald?

—Nunca estuve tan seguro.

—Pues me parece que desvarías, amigo. En esta casa hace mucho tiempo que nadie pone los pies. Fíjate bien en el suelo. Ni las huellas de un caballo, ni las pisadas de un hombre. Yo no soy un mal rastreador. Y te aseguro que por aquí no ha pasado Jeff Sanders, como no ha pasado nadie.

Donald movió la cabeza negativamente.

—Pronto te sacaré de tu error.

—Puedes entrar en la casa conmigo. Vas a llevarte una sorpresa.

Descabalgó y se dirigió hacia el edificio.

Milton hizo lo propio.

Sus facciones estaban contraídas. Sus ojos dilatados por el asombro. No entendía nada de todo aquello, pero siguió al jugador.

Lo que le extrañó más fue que éste no adoptara ninguna precaución, ni siquiera la de acercar su mano al revólver. Él sí que lo hizo. Acerco los dedos al «Colt» mientras llegaban a la puerta.

El tahúr lo notó.

—No hace falta que tomes precauciones, muchacho. Aquí no corremos peligro.

—Pero si está Jeff.

No te preocupes. Ya te he dicho que tendrías una.

Entró el primero en la casa, por el sencillo procedimiento de empujar la destartalada puerta.

Cuando estuvieron en el interior los ojos de los dos hombres pasearon por la estancia. Aquélla había sido una casa amueblada con gusto y con elegancia incluso. Los muebles eran buenos y

sólidos, y aun se conservaban en perfecto estado. Pero el polvo cubría, había telarañas por todas partes, e incluso se apreciaba el roce furtivo de algunas ratas, que desde el campo habían terminado por entrar en la casa.

Milton adelantó unos pasos.

El asombro le dominaba.

Porque se daba cuenta de que allí no había vivido nadie en mucho tiempo. Tampoco había huellas de ser, humano alguno. Era evidente que el fugitivo Jeff Sanders nunca se encontraría en aquella casa.

Por eso fue a protestar.

Quiso decir al menos que Donald estaba equivocado. Pero no se dio cuenta de que éste había quedado tras él.

Y de que ya empuñaba el revólver.

Milton no tuvo tiempo ni de volverse.

El terrible culatazo en la nuca le hizo vacilar, dando media Vuelta sobre sí mismo. Aún hizo un esfuerzo para empuñar el «Colt», pero un segundo culatazo acabó con todas sus energías. Donald era tan hábil pegando como manejando los naipes. Las rodillas del joven se doblaron definitivamente y cayó de bruces sobre el polvoriento suelo.

Una expresión de asombro quedó impresa en su rostro.

No entendía nada de todo aquello. No lo entendía…

Pero Donald, al parecer, sí.

Se inclinó sobre el caído y le ató las manos cuidadosamente con unas correíllas que ya llevaba preparadas, así como los pies. Cuando estuvo bien seguro de que Milton no le molestaría, salió al exterior.

El sol le dio directamente en los ojos.

Unos ojos que brillaban diabólicamente.

CAPÍTULO X

Veía ante él una serie de cosas que parecía conocer muy bien.

El pozo contiguo a la casa. El amarradero para los caballos, donde ahora estaban los corceles que les habían traído hasta allí. El círculo limitado por la valla de piedra. Las colinas del horizonte, sobre las cuales el sol aún resplandecía como una bola de fuego.

Donald entornó los párpados.

Las sombras se iban haciendo más alargadas, más siniestras cada vez.

Pero hubo una que le llamó la atención especialmente.

Sólo miraba a la sombra, de Chest, que estaba a un lado del círculo de piedra, muy quieto, con las manos caídas a, lo largo del cuerpo.

Donald avanzó dos pasos.

La voz de Chest de detuvo:

—Quieto ahí, Donald.

—¿Qué te pasa? Pareces asustado…

—No estoy asustado, Donald, sino extrañado tan sólo. Habéis entrado dos en esta casa y solamente sale uno. ¿Qué ha ocurrido con Milton?

—No se sentía bien.

—Déjame ir a verlo.

Donald alzó la izquierda.

—Quieto ahí, Chest. Estás muy bien. Nadie tiene por qué entrar en esta casa.

Chest arqueó una ceja.

—¡Claro que tengo que entrar! Tú nos has traído aquí con una promesa.

—¿Qué promesa?

—La de que encontraríamos a Jeff Sanders.

—Y la he cumplido. Yo siempre mantengo mi palabra.

Chest entreabrió los labios en una sonrisa incrédula y cínica.

—¿Sí, eh? ¿Y dónde está?

—¿Y tú lo preguntas? Lo tengo delante de mí. Buenos días, señor Jeff Sanders…

CAPÍTULO XI

Quizá otra persona se hubiera asombrado ante aquellas palabras que al parecer eran inexplicables. Pero eso no le ocurrió de ninguna manera al hombre que estaba frente a Donald. Sus labios simplemente se distendieron un poco más en una leve sonrisa, mientras echaba hacia atrás la cabeza.

Durante unos momentos los dos hombres permanecieron en un dramático silencio.

Parecían los dos únicos habitantes del mundo. El sol alargaba siniestramente sus sombras.

La voz de Donald resonó sonoramente cuando explicó:

—He dejado fuera de combate a Milton para que no nos molestase. Éste es un asunto entre tú y yo, Jeff Y lo resolveremos a nuestra manera.

El otro no contestó.

Parecía esperar simplemente a que Donald hablase, mientras le estudiaba atentamente.

Los músculos de los dos hombres estaban tensos, prestos para la acción.

Donald añadió:

—No has tenido que ni cambiar de nombre, Jeff. En Yuma te hacías llamar Chest. De ese modo todo resultaba familiar para ti. No has cometido ninguna imprudencia.

El pistolero lanzó una breve carcajada.

—Veo que estás enterado de muchas cosas, Donald. Sin duda sabrás explicarme por qué, siendo un fugitivo, me uní a vosotros.

—Lo hiciste por una sencilla y elementalísima razón: Para poder pasar la frontera que tú sabías que los rurales vigilarían implacablemente. Y para poder dar el último golpe de tu vida, que

consistió en el asalto del Banco de Rincón.

Jeff palideció.

Faro fue solo un momento.

Luego dijo con voz ronca:

—Sigue. Me divierten tus palabras.

—Tenías a tu favor dos cosas cuando te presentaste en Dallas, Jeff. Una era el que no existiese un retrato tuyo por ninguna parte. La otra era que te habías teñido los cabellos de rubio. Pero con eso no ibas a poder engañar a los rurales, cuando llegaras a la frontera de México. Entonces ideaste la audaz estratagema de presentarte a aquel concurso, ganarlo y unirte al grupo de los perseguidores de ti mismo. ¿Quién iba a sospechar entonces? Nadie imaginaría que uno de los perseguidores de Jeff fuera el propio Jeff. Y llovieron las facilidades para pasar la frontera. Tú mismo lo viste la otra noche, cuando aquellos rurales se presentaron en nuestro campamento.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—También ideaste muy bien lo del asalto al Banco. Los tiempos estaban muy bien sincronizados. Tus hombres, que estaban al tanto de tu marcha, mataron al guardián poco antes que llegáramos nosotros. Tú pensabas ofrecerte para vigilar el Banco, pero las cosas marcharon rodadas y fue el propio dueño quien te lo ofreció. Naturalmente, te dejaste atacar por la espalda en el momento oportuno. Tus hombres se llevaron el botín, con el que debían esperarte en el rancho que luego fue incendiado, pero tú llevabas otra idea en la cabeza. Por eso mataste al de la barba rubia sin dejarle hablar.

—¿Dices que llevaba otra idea en la cabeza? ¿Qué idea?

—La de hacerte tú solo con todo el botín. Por eso incendiaste el rancho donde te aguardaban tus pistoleros, matándolos a traición. Aprovechaste para ello tu turno de guardia. Los granujas murieron, pero el botín quedó a salvo porque estaba enterrado a gran profundidad en el suelo del rancho. Tú sabías que después de aquello solo tenías que ir a recogerlo. Y no he terminado todavía.

—¿Aún hay más? ¡Qué emocionante!

—Sí, aún hay más. El asesinato de Simmons. Él supo que eras tú quien había incendiado el rancho porque encontró uno de los fósforos que habías comprado y que eran de una clase especial. Aún recuerdo que cuando encendiste tu primer cigarro con ellos, él

estaba a tu lado. No dijo nada por el momento, porque quería asegurarse, pero tú viste el peligro y lo liquidaste aquella misma noche. Fue tu último crimen, Jeff Sanders.

El otro aún sonreía cínicamente.

—¿Y tú sabías todo esto? ¿Por qué no me mataste entonces? Ocasiones te sobraron para ello.

Yo sabía desde el primer segundo quién eras tú, Jeff. Lo supe desde el instante en que te puse el ojo encima, cuando aún estábamos en Dallas.

—No tiene sentido lo que hiciste, Donald. Pudiste haberme denunciado allí mismo y cobrar veinte mil dólares.

—No te preocupes, los cobraré del mismo modo, aunque tenga que repartirlos con Milton.

—¿Pero por qué has corrido tantos peligros? Tú siempre quisiste ir hacia el oeste, es decir, llegar hasta aquí. ¿Por qué?

—Por los naipes.

—¿Otra vez esa borrachera? ¿Qué tienen que ver los naipes con todo esto?

Donald no contestó.

Se limitó a sacar el mazo.

Extrajo una carta y la arrojó al aire. Era la que no había querido que viesen nunca.

Soplaba una breve brisa.

El naipe revoloteó y fue a caer justo a los pies de Jeff Sanders.

Éste lo miró.

Y de pronto sus ojos se dilataron.

Aquello no era precisamente un naipe. Tenía sus medidas, pero en él estaba dibujada la cara de una muchacha.

—Es la cara de mi hija —susurró Donald—. La que tú ultrajaste y mataste en este mismo lugar. La que tuvo tiempo de darme tu descripción antes de exhalar su último suspiro. La que he querido vengar en el mismo lugar donde ocurrieron les hechos. Voy a dejar que tu cadáver se tueste al sol como el de una hiena leprosa, Jeff Sanders. Sólo por eso te he traído hasta aquí.

Y llevó su mano al revólver.

Era más viejo que Jeff, pero estaba seguro de ser el más rápido. Un jugador siempre tiene los dedos del diablo. Pero no contaba con una cosa.

Su enemigo conocía aquel sitio. Estaba en guardia desde que llegaron a él. Y se había situado de espaldas al sol, mientras que él lo tenía de cara.

Donald no podía verle bien.

A pesar de eso fue a pasar a la ofensiva, entrecerrando los párpados.

Pero su enemigo aprovechó aquella ventaja. Disparó una décima de segundo antes.

La bala atravesó la mano derecha de Donald.

El revólver de éste cayó a tierra.

Produjo el sonido siniestro de una losa funeraria al encajar en los bordes de la tumba.

Donald apenas parpadeó.

Veía mal a su mortal enemigo, lo veía mal todo.

Pero notaba que la sangre de la mano derecha iba cayendo sobre el «Colt» poco a poco.

Oyó, como si sonara muy lejos, la carcajada de Jeff Sanders.

—Tus naipes podían haberte dicho esto, Donald… Podían haberte dicho que a un hombre que va a efectuar un desafío no le conviene ponerse de cara al sol… Porque tú sabías que ibas a desafiarme, ¿verdad? ¿O no lo sabías?

Donald no contestó.

Su boca estaba seca, pero sus facciones permanecían tan impasibles como siempre.

Jeff Sanders volvió a reír.

—Bueno, parece que la situación ha cambiado, muchacho. Pero para que no digas que soy una mala persona, te daré una oportunidad.

—¿Qué oportunidad?

—Recupera tu revólver.

Donald fue a hacerlo. Confiaba en ser aún el más rápido, pese a tener la mano herida.

Pero la voz del asesino le detuvo:

—No tan fácil, compañero.

—¿Qué pasa?

—Tú has perdido tu revólver. No vas a recuperarlo, así como así.

—Pues entonces más vale que no hables, perro.

—Claro que hablo, compañero. Y te llamo «compañero» porque

tú eres tan asesino como yo. Vas a tener tu oportunidad, como te he dicho, pero tienes que ganártela.

—Entonces más vale que me mates a sangre fría.

—¡Qué poca confianza tienes en mí! Te estoy dando facilidades y tú me lo agradeces de esa manera… En fin, yo te diré lo que tienes que hacer.

Hizo una pequeña pausa, mientras volvía a reír.

Donald guardó silencio.

La lengua parecía una cosa muerta en su boca, de tan seca que la tenía.

—Voy a contar hasta… hasta cinco —dijo Jeff burlonamente—. Cuando pronuncie ese último número, «sacaré» y apretaré el gatillo. Ése es el momento en que tú puedes inclinarte, recuperar tu arma y tirar. Puedes matarme, con un poco de acierto. No dirás que no es una oportunidad bonita…

Donald tampoco contestó.

Unas gotitas de sudor helado habían aparecido en su frente. Le resbalaban hasta los ojos.

Se daba cuenta del cinismo de su enemigo. Además de matarle, iba a burlarse de él.

Porque Donald sabía que estaba condenado a muerte.

Nunca sería tan rápido como su enemigo. Éste sólo tenía que hacer un gesto, en el que además era muy experto. Él, por el contrario, tenía que inclinarse, sujetar el revólver, volverse a incorporar y apretar el gatillo con la mano herida. Imposible. Jeff tendría tiempo de matarle al menos siete veces.

Donald apretó los labios.

No le importaba morir. No le importaba que le clavaran seis balas en el vientre. Lo único que lamentaba era reventar sin haber vengado a su hija.

Y que aquel asesino le matara donde la mató a ella.

¡Tantos esfuerzos, tantos peligros para aquello!

Pero no se quejó.

Dijo simplemente:

—Cuenta…

Jeff Sanders volvió a reír.

—Claro que sí, compañero. Uno…

Alzó la mano izquierda.

—Dos…

La volvió a bajar.

—Tres…

Se detuvo un momento. Lanzó una risita sorda.

—Cuatro…

Donald miraba aquel paisaje tan conocido, aquel paisaje donde en otro tiempo fue feliz.

Había comprado aquel rancho después de dedicarse muchos años al juego. Había pensado cambiar de vida. ¡Y lo consiguió!

Pero ahora todo se iba al infierno.

¿Por qué Jeff no le mataba de una vez? ¿Por qué no seguía con la fatídica cuenta?

Lo comprendió. Se estaba burlando de él.

Se recreaba alargando su agonía.

Por eso Donald gritó, rabioso:

—¡Tira de una vez! ¡Lo estoy deseando! ¡Tira de una maldita vez, condenado perro!

Jeff susurró:

—Claro…

Y fue a pronunciar el número fatídico.

—¡Cinco!

Jeff Sanders sufrió una sacudida, como si hubiera visto un escorpión subiendo por una de sus piernas.

Porque el «cinco» no lo había pronunciado él.

Lo había pronunciado una voz distinta…

EPÍLOGO

Los dos hombres miraron hacia el mismo sitio.

Los dos con las facciones crispadas, los dos con los músculos tensos.

Sus sombras cada vez más largas se proyectaban sobre el suelo.

Y vieron una sombra más.

Milton avanzó dos pasos, sin importarle tener también el sol de cara.

Su derecha estaba crispada. Sus dedos rozaban la culata del «Colt».

Eran unos dedos hechos para matar. Eran como los dedos del diablo.

—Lo he oído todo mientras me desataba —murmuró—. Celebro conocerte, Jeff Sanders. Y espero que pronuncies el número cinco.

Jeff tragó saliva espasmódicamente.

Sus hombros temblaron al decir:

—Por lo visto tú también quieres morir, Milton…

—Claro que sí, amigo. Y ahora cuenta…

—Es que…

—¡Cuenta!

Los dos hombres estaban frente a frente. Les separaban unos doce pasos. La distancia de la muerte.

El silencio era insoportable, angustioso. Llegaba a palparse.

Y de pronto Jeff aulló:

—¡Cinco!

Los dos se movieron a la vez.

Los revólveres brillaron al sol poniente.

Sonó un disparo.

Jeff Sanders se estremeció, soltando el «Colt», mientras Milton

gritaba:

—¡Uno!

Y apretó el gatillo otra vez.

—¡Dos!

Otra bala.

—¡Tres!

—¡Cuatro!

—¡Cinco!

Milton se detuvo al llegar a aquella cifra, la elegida por el propio Jeff.

Sólo le quedaba una bala, y la disparó al aire.

El cuerpo del asesino estaba convertido en una criba. La sangre resbalaba por sus heridas y por su boca.

Milton guardó el revólver, mientras miraba a Donald.

—No me ataste demasiado bien, amigo.

El viejo tahúr sonrió lentamente.

—Verás, muchacho… En el fondo me convenía tenerte en reserva.

—Como las cartas en la manga, ¿eh? Eres más listo de lo que parece.

Y señaló al muerto.

—Lo dejaremos como tú decías. Dejaremos que se pudra al sol como una hiena leprosa.

—Como lo que era, muchacho.

Y Donald recogió cuidadosamente el naipe, guardándolo con los demás. Milton susurró:

—Hemos de darnos prisa.

—¿Para qué?

—Hay que traer aquí al *sheriff* de Dallas para que vea el cadáver antes de que se descomponga. Le telegrafiaremos desde Las Cruces. También habrá que desenterrar delante de él aquel dinero del Banco de Rincón. Y yo quiero hacer algo más; buscar a una muchacha…

Donald susurró:

—Te acompañaré con mucho gusto, muchacho, pero es curioso.

—¿Es curioso qué?

—De eso de la muchacha no decían nada mis cartas…

FIN